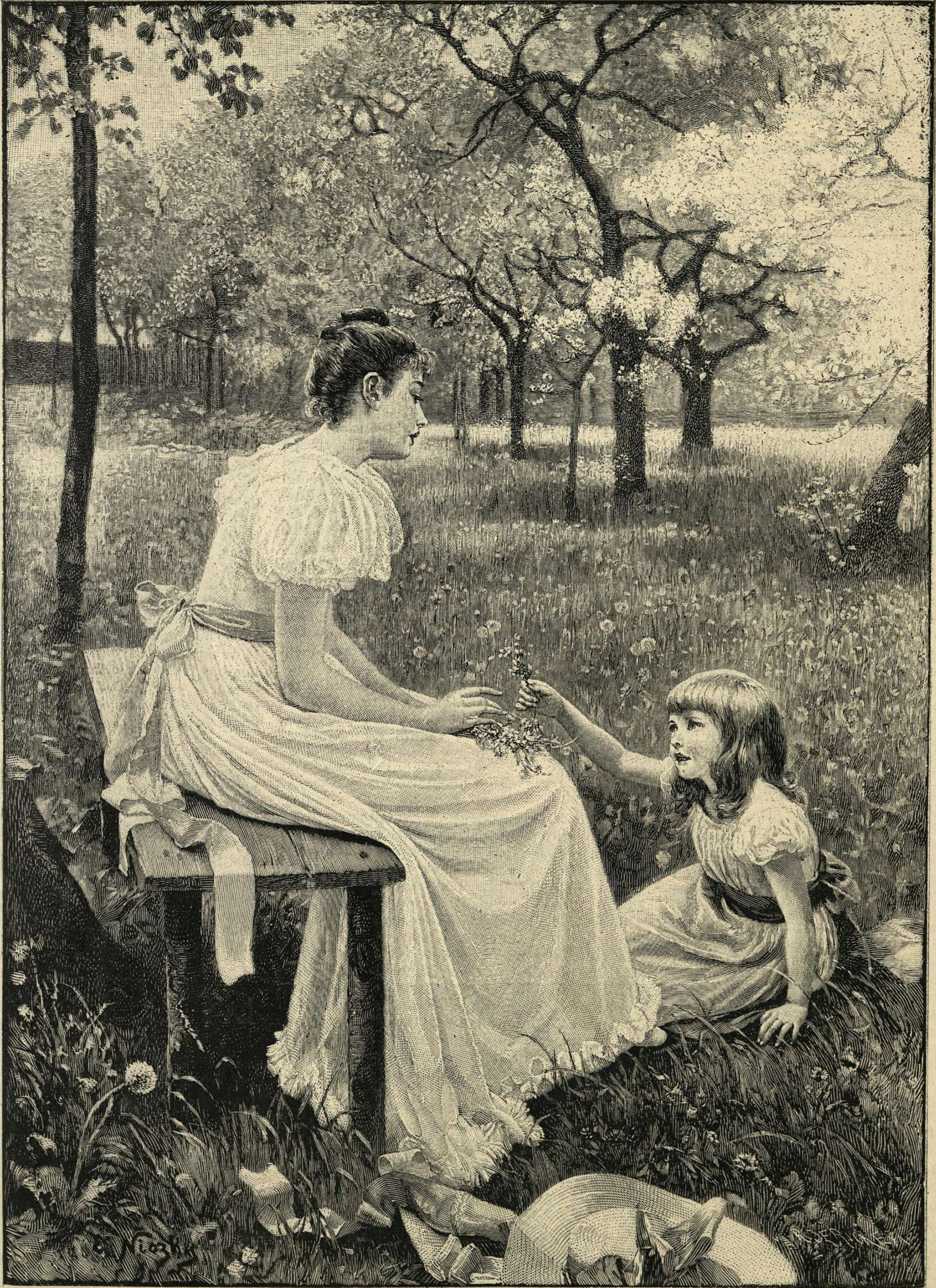


EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, ABRIL 10 DE 1896.

NUMERO 15



Primeras flores de Abril

LA SEMANA.

RESUMEN—Murió la Semana Santa. - Uniformidad creciente de las costumbres. - El raero de la civilización. - La antigua Semana Santa. - Su carácter místico y pintoresco.

Como el Carnaval, como los paseos de Santa Anita, como las Bendiciones de San Antonio Abad, también la Semana Santa ha muerto. Podrán haberse conservado en algunos corazones piadosos los sentimientos que evoca la pasión y la trágica muerte de un apóstol, de un iluminado que predicó la igualdad humana, el amor al prójimo, el imperio de la justicia, la rehabilitación de la mujer, y que la fe católica y el credo cristiano llaman hijo de Dios; pero los usos, las ceremonias, los hábitos con que acostumbraba conmemorar el orbe católico la pasión y muerte de Jesús, han desaparecido para siempre.

Desde luego las leyes y las instituciones, vedando el culto externo, han dado golpe de muerte á las pompas y magnificencias del culto público. Ya no se oficia en calles y plazas; ya no desfilan, interminables y solemnes las procesiones, entre dos líneas de devotos arrodillados; las bóvedas de los templos sofocan los himnos hieráticos; entre los cuatro muros de las basílicas se desenvuelven, se esparcen y se disipan las volutas del incienso; el fervor, á puerta cerrada, no trasciende á las masas aglomeradas; en los campanarios duermen mudas las esquilas, y las matracas descansan en los almacenes de atrezzo de las catedrales.

Ese confinamiento que da mayor severidad al culto y que lo transforma de espectáculo teatral en mera expansión interna, es incontestablemente un bien y un progreso en el orden político y social; pero es un retroceso en el orden estético.

No es solo la religión la que padece de ese empañamiento de sus pompas, de ese enfriamiento de sus focos ardientes, de ese esfumamiento de sus vistosidades y de sus magnificencias; toda la vida humana, todos los usos, todas las costumbres, y hasta la moda y la cocina, van perdiendo en carácter local y típico, todo su aspecto pintoresco, y fundiéndose en un matiz opaco y general. La facilidad de comunicaciones, la uniformidad de lecturas, de educación y de modelos, la creciente promiscuidad humana, borran á la larga lo que de característico y de personal tiene cada pueblo; al contacto de los unos con los otros, las asperezas se dulcifican, los ángulos se embotan, las aristas se redondean y acaban todos por presentar la misma monótona moribundez, el mismo insulso pulimento de las peladillas de arroyo sobre las cuales ha pasado durante años la misma corriente.

Ya los árabes no alancean toros, ni los gauchos lazan potros, ni los bohemios danzan al son de guzlas y pifanos; ni se baila el minuet en Francia, ni en España la pavana, ni la farándola en Provenza. Levantinos y Occidentales, Tropicales é Hiperboreos, corren caballos á la inglesa, bailan boston á la americana, concurren á escuchar los mismos *vaudevilles* y los mismos dramas. Ya no circula en el Japón el pintoresco carrito tirado á brazo de hombre, ni las grandes de España se hacen conducir en litera, ni las mandarinas se pasean en palanquín; hoy se viaja en Pullman del Polo al Ecuador, y los mismos landós abiertos arrastran á la princesa de Metternich, á Lilioukalaní y á Chululankorn.

Ya el egipcio no roe cebollas, ni se alimenta con koumís; el chino hace asco á su arroz y á sus palillos; el indio occidental ya no prefiere el mole; hoy las mismas trufas perfuman los mismos manjares y la misma perdiz devora Livingstone en el centro del Africa, que André en la punta helada del planeta.

A la chechia, al turbante, al vistoso birrete vascongado, ha sustituido el mismo sombrero de copa, la reina de Java y las princesas de Lahore se visten en París, y todo el sexo feo civilizado lleva el mismo estorbo redingote.

La civilización ha pasado un rasero despiadado sobre todas las peculiaridades, sobre todos los caracteres distintivos de las razas, los climas, la historia; ha golpeado tenaz y cruelmente sobre la pasta humana, revolviéndola, mezclándola, confundiéndola, y ha hecho de todos los hombres un solo hombre y de todos los pueblos una masa desabrida, incolora, informe y uniforme.

Por eso ya no tenemos Semana Santa. Hace medio siglo esos siete días eran un paréntesis abierto en la vida cotidiana: Durante ellos se vivía de otro modo y otra vida. Paseos, devociones, mesa, vestido, todo era peculiar y especial, y los días santos resaltaban y se destacaban entre los demás del año, como se destacaría y resaltaría un moro en el Jockey Club, ó un mameluco en el Colegio Militar.

El viernes de Dolores, se inauguraba la temporada con los altares floridos de las casas particulares y con el tradicional Paseo de las Flores en las calles adyacentes al canal. Los altares! qué magnificencia! toda la flora nacional daba el contingente de sus matices y de sus perfumes, para adornar é incensar el ara que servía de pedestal á la madre de Dios; grandes vasos rebosando topacio, rubí, ametista, iluminados suavemente á trasluz, constelaban de pedrería aquel manto y aquellos tapices de flores. Las banderitas de oro y plata voladora ondeaban destellando luz al calor de los mil cirios que iluminaban el altar como estrellas de un firmamento.

Recuerdo uno, el de la familia Sandoval, célebre en México, y que todo el mundo se hacía un deber de visitar. La casa toda, desde los patios hasta las azoteas parecía construida ex profeso para el fin exclusivo del altar de Dolores. Una escalera para subir y otra para bajar, no se necesitaba menos dada la afluencia de visitantes; en el patio, la fuente, las columnas de la arquería, las cornisas, los pasamanos, los barandales de los corredores, todo estaba arreglado para recibir los jarrones, las guirnaldas, las colgaduras, todo el decorado especial para aquel día solemne. Una canalización ad hoc hacía brotar surtidores frescos y perfumados hasta en las habitaciones mismas; estas no parecían dispuestas para vivir en ellas, sino para dar cabida al altar y hospitalidad á los visitantes; había un departamento especial con tablado y pupitres para los músicos y cantores; las camas, los escaparates, los armarios, todo desaparecía para recibir el altar y sus anexos y la familia dormía probablemente en la azotea.

Pero qué suntuosidad, qué magnificencia y qué gusto! y cómo se oprimía y se apiñaba la gente para visitar el altar, á cuyo pié—nota siniestra en medio de tanta luz y de tanta flor—yacía un Santo Entierro, ennegrecido, de una severidad aterradora, cuajado de ex-votos y milagroso hasta lo inaudito.

Hoy ya nadie se arruina levantando un Altar de Dolores, y apenas si alguna coqueta piadosa deposita en el *benitier* al pié de la Purísima, que vela por su virtud, el ramito de orquídeas que un miembro del Jockey le ha regalado al salir del templo.

Desde el Miércoles Santo la ciudad revestía un aspecto severo y místico. Quedaba vedada la circulación de carruajes, de carros, de cabalgaduras. Un silencio solemne reinaba en la población, las campanas, los organillos y músicas, todo enmudecía y sólo de cuando en cuando la matracaca de Catedral interrumpía con sus graznidos aquel silencio de muerte.

De antemano cada habitante tenía prevenidos dos trajes para estrenarlos el Jueves y Viernes Santo. El del Jueves era de color claro, el del Viernes de riguroso luto; el sombrero de copa en los hombres, la mantilla española en las señoras, eran de rigor. Nada de gorros, capotas, ni sombreros, la mantilla misma, graciosamente prendida con un rico clavillo, adornaba y cubría la cabeza.

Como todo el mundo caminaba á pie, era vistósimo el desfile de damas y caballeros, rica y elegantemente vestidos, que peregrinaban el Jueves por la mañana á los oficios, por la noche á los Monumentos y que invadía los cafés, los puestos de refrescos, todos de ramaje y flores, y las sillas y bancas de la Plaza Mayor.

El Viernes Santo, por la tarde, las ceremonias de la Pasión, y por la noche las del pésame eran imponentes y grandiosas, sobre todo la última.

A las girandolas y banderolas, á la mágica iluminación y al decorado espléndido de los Monumentos, se substituía por arte de magia un decorado fúnebre. El templo tapizado todo de negras colgaduras, los altares cubiertos, seis cirios al fondo, y en medio de una masa de tinieblas el divino perfil de María Dolorosa, destacándose sobre las negras vestiduras y tras pasado el pecho

con el agudo puñal, símbolo de su acerbo dolor de madre.

Y en medio de aquella oscuridad, de aquel silencio, de aquel frío de sepulcro, erizaban los cabellos y hacían sentir calosfríos, los acordes imponentes del *Stabat Maters* alidos como de una fosa, emergiendo de las tinieblas del abismo, invadiendo todos los ámbitos en un *crescendo* magestuoso y aterrador, como invaden y envenenan gradualmente el corazón y la vida todos los dolores supremos.

Ya no tenemos Semana Santa; pero permítase á un sediento de arte y de grandeza declarar que una buena parte de esa decadencia y de esa muerte se debe á las austeridades y severidades del ritual que han excluido á la mujer de participar de esas ceremonias grandiosas y de cantar himnos á su Dios.

El arte! qué no debe al arte la Religión. Son la pintura, la arquitectura, la poesía y sobre todo la música quienes han despertado en el corazón los fervores adormecidos, los que han difundido el credo, los que han sugerido y mantenido la fe, los que han dado numen al apóstol, videncia al profeta, resignación al misionero, heroísmo al martir.

Excluir á la mujer del coro, impedir que su voz de ángel entone himnos angélicos, vedar el homenaje, á quien mejor ama y á quien más cree, es privar al culto de un resorte supremo y sobre cometer una injusticia, incurrir en una torpeza. Organizar coros de vírgenes en los templos y veréis al hombre transportado y extático adorar á Dios en la mejor de sus obras.

El sábado de gloria á las diez de la mañana, al entonarse el *gloria in excelsis*, de un golpe, súbitamente la ciudad recobraba su bullicio y su animación, como si resucitara ella misma al tercer día. Los carruajes se escapaban por todas las puertas cocheras, los carros y bestias de carga, enflorados, cargados de campanillas, entraban por todas las garitas; los cohetes estallaban en las alturas, por todos los balcones se escapaban acordes y arpegios, en todas las esquinas sonaban organillos y guitarras, los pájaros gorjeaban en sus jaulas, un ruido ensordecedor reemplazaba al silencio austero de los días santos, y por donde quiera de balcón á balcón, de acera á acera, pendiente de cuerdas, envuelto en mechas, retacado de bombas, multiforme, multicoloro, ridículo, vilipendiado, se balanceaba el traidor Júdeas envuelto en humo y en llamas, y purgaba de nuevo y en efigie su negro y repugnante delito.

Después, la Pascua, el lechoncito asado, los bailes, las bodas, las fiestas, los paseos, y luego... el tren monótono, pesado y doloroso de la vida ordinaria y prosaica!

¡Oh Semana Santa de otros años y de otras épocas! En medio de los sofocantes ardores del estío, entre los arenales y guijarrales de la enojosa vida diaria, tú eras un Oásis; abrías un paréntesis en el año y en él, encerrabas emociones nobles, placeres inocentes, un poco de olvido y un poco de felicidad.

LOPEZ I.

La Política de Rusia en el Asia CENTRAL

La fijación de la frontera ruso—afgana en 1885, la rápida prosecución de los trabajos del ferrocarril transcaspiano que en 1889 llegó hasta Samarkanda, y el establecimiento de un Cuerpo de Observación en Kerki, á las puertas mismas del Afganistan, no parecían presagios de que habria paz entre Rusia é Inglaterra dado el estado que por esa causa guardaban sus relaciones diplomáticas, pero á esto siguió una política de moderación de parte del Gobierno del Czar lográndose así una calma bonancible durante los años corridos de 1890 á 1897.

Entre tanto, una grave cuestión estaba en litigio entre los Gabinetes ruso y británico; una causa permanente de conflictos por consecuencia de indecisión en las zonas de influencia reservadas allí á las dos potencias rivales y que llevo á su desenlace en circunstancias muy instructivas que es conveniente recordar.

La Convención de 18 de Septiembre de 1885, había fijado la frontera Afgana solamente con las fronteras Persa y Bukhariota; entre el Herind y el Amu-Daria; más al Este, el emir de Bukhara vasallo del Czar había tenido frecuentes desavenencias con los Afganes, sobre todo en la región de los Pamires. Un acuerdo anglo-ruso anterior (1872 y 1873) había señalado aproximativamente los límites de influencia de las dos potencias en una línea que seguía el Amu-Daria de arriba para alcanzar el Sarikul en los montes de Sar-Kul, pero este límite ideal no reposaba sobre un conocimiento exacto del terreno. El Amu-Daria recibe y reúne las aguas de tres ríos principales que vienen de los Pamires ¿cuál de esos tres debe considerarse como la fuente del Amu? Solamente por deducción podía reconocerse esta cualidad al más meridional al *Paridj* llamado en su parte superior Wak-kan-Daria.

* *

Tres ambiciones se colocan frente á frente en 1890: al Oriente, los *celestes* avanzan por el Turkestán chino hasta los Pamires y reclaman el Pamir Alicar; los ingleses tienen un residente en las posiciones del mehtar de Chitral y poseen desde 1889 un fuerte en Mastudj al pié del Hindu Kuch y empujan al Emir de Afganistan Abdur Rhaman para que se apodere de Chugnan y de Rochan; en fin los rusos entran en lid: su prensa protesta contra la intención de Inglaterra de dividirse con China los Pamires, fundándose en que los jefes de las tribus Pamirianas eran antiguos vasallos del Kanato de Khokand anexado á Rusia por los Czares. Entonces empezaron las célebres excursiones del Coronel Yonov rápidos movimientos de verano ejecutados con fuerzas poco numerosas pero aguerridas y que naturalmente fueron duramente condenadas por la prensa inglesa.

En 1891 Yonov detiene (aunque con mucha cortesía) al capitán Younghusband en el valle de Vak-kan y á su segundo, Davidson en Pamir; obliga á los chinos á evacuar el territorio disputado y hace una incursión al Sur del Hindu-Kuch.

En 1892 el mismo Coronel entra en los Pamires á la cabeza de una expedición de mil hombres que fué acometida por horribles tempestades y torrenciales lluvias y sin embargo el 23 de Junio bate á los afganes, detiene otra vez á Younghusband y á Davindson y los hace internarse en territorio chino. Después se retira dejando destacamentos en las fronteras de Rochau, Chugnan y Vak kan.

En 1893, después de una expedición de Yonw, sin combates, los rusos construyeron un fuerte en el Gran Pamir á 3,700 metros de elevación sobre el Ak-sou.

En 1894, los afganes retrocedieron ante los 300 hombres de Yonov y abandonaron la margen derecha del Pandj, pero el gobierno ruso le hizo trasladar sus fuerzas á las riberas del Murghab.

* *

Las negociaciones entabladas entre China, Inglaterra y Rusia no producían resultado alguno; y en 27 de Abril de 94 se anunció que Rusia y China habían concluido separadamente un *modus vivendi*. En fin, en 25 de Abril, una convención anglo-rusa firmada en Simla contenía estas disposiciones esenciales:

«Las esferas de influencia de la Gran Bretaña y de Rusia al E. del Lago Victoria, se dividirán por una línea que partiendo de un punto de este lago situado cerca de su extremo Oriental siga las crestas de la Cadena de montañas que corre al Sur de la latitud del Lago hasta los pasos de Benderski y Orta-Bel. De allí la línea seguirá esta misma cadena mientras la dirección de sus aristas siga al Sur del lago Victoria. Luego seguirá un contrafuerte de la Cadena hacia Kizil-Rabat en la margen del Ak-sou. Si este punto no está al Norte de la latitud del lago, la línea de demarcación se trazará dirigiéndose á un punto elegido de preferencia al Sur de Ak-sou, prolongándolo como queda dicho.»

Conforme al art. 5.º el territorio comprendido entre la nueva frontera y el Hindu Kuch hasta la frontera China pertenecerá á Afganistan, no podrá ser anexado por Inglaterra y ningún puerto se construirá en él. Por último; el Pandj servirá de límite entre los Estados Afgan y Bukhariote.

M. de Poncins que ha visitado esos lugares, critica tales disposiciones creyendo que la barrera natural la forma el Indus-Kuch.

La convención de Simla, da preponderancia á

los ingleses porque por medio de su vasallo el emir de Afganistan poseen las fuentes del Amu-Daria y del Ak-su, es decir, la llave del sistema fluvial de la región pamiriana. Luego cuando se puso en ejecución, los principados de Rochau, Chugnan y Bakkan cedidos á Rusia, se incorporaron al estado de Bakaara, habiendo numerosas familias emigradas á Rusia. En seguida los rusos instalaron estaciones permanentes en los puntos más saludables de la comarca y construyeron caminos estratégicos y comerciales.

A la política inglesa de invasión y ensanchamiento, Rusia ha opuesto una política moderada, sostenida sin embargo por el poder de su ejército, sin que pueda ponerse á discusión la seguridad metódica con que el gobierno del Czar afirma la propiedad de las posesiones que cree le pertenecen, sin que la ideal frontera científica pueda hacer prácticos los derechos de Inglaterra.

Abandonando ó aplazando todo propósito de conquistas, el Czar parece consagrarse sobre todo á la organización y explotación de sus posesiones en el Asia Central, siendo esta política una de las más hábiles y fecundas por su abundancia de universales beneficios.

* *

Desde 1890 el territorio transcaspiano dejó de ser dependencia administrativa de la Transcaucasia y una nota del Consejo imperial ha confiado la administración local á un Consejo que preside el Comandante militar.

El país es estudiado metódicamente año por año, por comisiones científicas; y los problemas de irrigación y de navegación relacionados con los intereses rusos y la prosperidad de los indígenas, se resuelven con conocimiento paciente de incidentes y causas. Bastan para probarlo los estudios hechos por Mr. N. Kitine en las estepas del Emba, el establecimiento consiguiente de un ferrocarril de Riazan á Uralsk y al mar de Aral, los estudios del General Gloakhouski en los antiguos cauces del Oxus, los del Coronel Kouznetsov sobre las regiones bukhariotas y el viaje del Czar en 1894 al Amu Daria.

Grandes trabajos públicos se han terminado ó están en construcción: trabajos de irrigaciones, puerto de Kradsnovodk, ferrocarril de Merv á Kuchk y ferrocarril de Samarkanda á Djizak que liga todas las vías transcaspianas y transtiberianas.

La colonización rusa encuentra allí sus rivalidades naturales, pero aun estas han sido favorablemente tomadas en cuenta en las reglamentaciones administrativas. Además, el gobierno trabaja en el desarrollo de las producciones indígenas, lucha contra la decadencia de la sericultura, propaga el cultivo del algodón y protege las manufacturas de este filamento hasta el extremo de que sus cosechas locales proveen á Rusia en más de un tercio de su consumo anual de telas ordinarias.

En fin, se han dictado medidas para extender los cambios más allá de la frontera rusa y una sola tarifa prohíbe la importación de mercancías europeas y anglo indianas, con excepción de ciertas telas y artículos de primera necesidad, lo mismo que de toda suerte de drogas y medicinas que tienen derechos proporcionales.

Las mercancías de procedencia persa ó afgana tienen solamente una imposición de cinco por ciento *ad valorem*; y con la ayuda de un sistema de primas, Rusia hace grandes esfuerzos para asegurar á sus nacionales el comercio de las regiones limítrofes de Persia y Afganistan, obteniendo éxito favorable. Hay que tomar en cuenta que Zell-es-Sultán, que pretendía suceder en el trono á Nassr-ed-Dine protegido de Inglaterra, fué vencido por el actual monarca Mozaffer-ed-Dine, adicto partidario de Rusia.

* *

La política rusa ha venido produciendo, por civilizada y liberal, resultados favorables que provocan un desarrollo notable en las colonias de aquel vasto imperio que son por lo que respecta á las fronteras de Afganistan, sitio de explotación mercantil y de dominio tropical, donde los naturales y los rusos trabajan de consuno á una rápida transformación del país.

Los rusos practican respecto á los indígenas una tolerancia que da fuerza de persuasión á los ejemplos de la civilización; los misioneros han sido descartados después de la conquista; todo acto de proselitismo se ha prohibido al clero ruso; las instituciones locales se han respetado en

lo posible; escuelas mixtas reciben niños indígenas y rusos, operando así útiles fusiones, y poco á poco los nómades vienen á las poblaciones adoptando una residencia fija y aun los pueblos sedentarios se transforman. Ciudades importantes prosperan en la línea Transcaspiana y el viajero que recorre sus anchas avenidas bordadas por lo común de cuatro ó seis hileras de árboles, puede creerse en un nuevo Far-west según el espectáculo del esfuerzo humano demuestra confianza en el porvenir.

Esta política firme, civilizada y vigorosa es la que señala la preponderancia de Rusia en el Asia central. Acentuándose las ambiciones Europeas para el reparto de China, Rusia sin grandes esfuerzos y por la voluntad libre de los naturales, obtendrá probablemente la mejor parte.

L. MEILLAC.

La cuestión palpitante.

Como es natural, los Gobiernos de España y los Estados Unidos hacen cuanto dignamente pueden para evitar un rompimiento entre las dos naciones. El Ministro Americano en Madrid, dijo textualmente:

«He venido á España con instrucciones especiales del Presidente Mc Kinley, para asegurar la paz de Cuba y la paz entre España y mi país. He trabajado con ahínco y sin tregua para obtener resultados satisfactorios y jamás he perdido la esperanza de alcanzarlos. Difícil en extremo parece hoy la situación, pero no desistiré de mi empeño para conseguir un arreglo honroso de las dificultades que tanto han amenazado la paz de las dos naciones, hasta el día en que se dispare el primer cañonazo. Me resisto á creer que las últimas horas del siglo XIX sean enrojadas por la sangre que se derramaría en un conflicto entre España y los Estados Unidos»

A las anteriores frases de suyo optimistas se agrega el hecho revelado por los telegramas de que en el Palacio Real de Madrid no había el día 4 la agitación que anteriormente y de que después de entrevistas habidas entre el Ministro Woodford y el embajador de Austria, y el mismo Ministro y el de Relaciones de España, había mayores esperanzas de paz.

Contra estos datos consoladores, deponen los telegramas en que se asegura que el Cónsul general de los Estados Unidos en la Habana, Gral. Lee, ha recibido instrucciones de alistarse para salir de aquella plaza y entregar las llaves del consulado al Representante de Inglaterra, quien deberá tomar bajo su protección á los ciudadanos americanos que se queden en la Isla de Cuba.

En Inglaterra y Francia se piensa que si España reconociera la independencia de Cuba cesaría toda dificultad, y se dice que los Gobiernos de aquellas naciones trabajan privadamente cerca del español para llegar á ese desenlace.

Lo que más hay de temer es que el mensaje que sobre el particular debe presentar en estos momentos el Presidente Mc Kinley provoque una explosión tal en el Congreso y el pueblo, que ya después se haga inevitable la guerra.

Se ha hablado mucho de la intervención del Papa para procurar la paz, pero no se tiene certidumbre oficial de tal cosa.

Hasta estos momentos ambas naciones continúan aprestándose con actividad para la guerra, y no obstante eso, todo hace creer que á lo menos en la presente semana no se romperán las hostilidades.

Abril 5 de 1898.

Dos páginas de Villasana

En Santa Anita, á la orilla del canal, ó en cualquiera parte del mundo, el amor será siempre el amor. Tendrá relámpagos para las miradas, tentadora irradiación para las sonrisas, profundos estremecimientos, alegrías que duelen como si atormentaran, vagas intuiciones de celos, deliquios apacibles y dulces como un cielo en que rueda lentamente la luna.

Villasana arrancó sus cuadros á la verdad. Paisaje, figuras, expresión, todo tiene un vivificante colorido de juventud y de amor.

Santa Anita luce allí con sus verdes, su canal y su cielo, alegre todo y voluptuoso, lleno de atractivos inolvidables para quienes han gozado allí como los grupos que inspiraron al artista.



El amor en Santa Anita.

POR VILLASANA



El amor en Santa Anita

POR VILLASANA



PASEO DE LAS FLORES.—GRUPOS POPULARES.

EL PASEO DE LAS FLORES.

Todavía no se habían apagado las lamparillas de aceite con que entonces se alumbraba por las noches la ciudad; todavía no se lanzaban por las calles los panaderos con su enorme canasto á la cabeza, ni los sacristanes habían llamado la primera misa, cuando anticipándose al sol, salían las damas, jóvenes y viejas, solteras y casadas, á hacer provisión de flores para el altar de la Dolorosa. Ese viernes si que se madrugaba! Y con los primeros albos, era de verse la



VISTA DEL CANAL.

apiñada multitud que por la Alhóndiga y en el desembarcadero de Roldan, esperaba la llegada de las chalupas y canoas.

Las jóvenes mexicanas de entonces eran morenitas y sonrosadas, tenían los ojos grandes y los pies pequeños, los dientes muy blancos y los labios muy rojos.

Ahora la raza seguramente ha cambiado, pues en teatros y bailes, tertulias y paseos, no se encuentra una morenita ni para un remedio.

Volvamos á entonces. Aquellos piecitos no se atormentaban en cañuteros puntiagudos ó cubiertas de bayonetas (que así parecen las botellas de estilo americano) sino en curiosos y bien hechos zapatitos de raso que hacían lucir las medias caladas. El esbelto y airoso cuerpo se cimbreaba, apenas oprimido por el rebozo de seda, cruzado con esa gracia con que suelen llevarlo aún las vecinas aristocráticas de las colonias de Guerrero ó Santa María.

Y de las canoas á las manos de las compradoras subían los ramos en profusión extraordinaria, hasta que se agotaba con general beneplácito la fresca y olorosa mercancía. Y las calles de la Acequia y el Puente de la Leña y la Merced, se llenaban con la enflorada y alegre muchedumbre, que pasaba corriendo para tener tiempo de dorar las naranjas y preparar la agua loa.

De aquellos tiempos data el «Paseo de las flores» que ahora ha asumido un tinte menos regocijado pero más correcto, como sucede con todo lo que se va puliendo y atildando al contacto de la civilización.

Primero se cambió á la calzada de la Viga el desembarque de las flores que antes se hacía en las calles de Roldan, y con eso ganó la clásica fiesta en lucimiento y comodidad; luego la Reforma fué haciendo caer en desuso los altares á domicilio, y la gente solo compraba las flores por gusto, en vez de comprarlas para actos de devoción, y por último se pensó trasladar á la Alameda el Paseo de las flores, adornándola con gusto, lujo y magnificencia, pero este cambio no produjo favorables resultados.

Verdaderamente que la levantada con la aurora, y la prisa por llegar al lejano y pintoresco desembarcadero, y el canal, y la chalupa y la indita hundida en amapolas hasta el cuello y remando ágil y contenta, son cosas que no se pueden cambiar por más que en la Alameda se pongan estatuas y jarrones, alfombras y espejos. El paseo en la Alameda, no nos ofrece nada nuevo. El mismo lujo de Plateros con las mismas bellezas para ostentarlo, el mismo sabor de ciudad, de gran ciudad, que reclama andar majestuoso y cara seria y por último la propia música en el propio kiosko, y la Empresa de sillas con su toldo de lona que ya parece una criba.

En la Viga se ven más amplios horizontes y hay más aire para respirar, puede codearse la fresca y gallarda belleza, gala de su barrio y envidia de su vecindad, con la resplandeciente belleza que es ornamento del bulevar y joya de la calzada de la Reforma.

Aun se ven por allí charros caracoleando en briosos corceles; animados grupos populares al rededor de la mesita en que se ostenta la catedral de hojalata que por puertas y ventanas con grifos, arroja chorros de café ó té ó cocimiento de hojas de naranjo; aun puede distinguirse cómo se va por el centro del canal la enorme canoa en que, al son de flauta, bandolón y bajo, bailan *jarabe*, populares parejas, ella con el rebozo á la cintura, él con el sombrero ancho, calado hasta las cejas.

¡Últimos residuos visibles del México que se nos esfuma, que se nos desvanece, que se nos va!

Aquel México regocijado y patriarcal, extraña mezcla de los entusiasmos andaluces y de las melancolías aztecas, formó hace años su equipaje y le dejó el

lugar á otra ciudad que se parece á París, á Viena, á San Petersburgo, á cualquier parte menos al México genuino del Gallo Pitagórico y del Pensador Mexicano.

Con el amor con que se recoge el retrato de un viajero querido que está á punto de partir para siempre, los artistas del *Mundo Ilustrado* tomaron varias fotografías del último «Paseo de las flores» que aparecen hoy en nuestras columnas.

Estas despertarán recuerdos dulces en la generación que está terminando su paso por la tierra y serán para las generaciones que vienen, un dato de donde saque tal vez curiosas leyendas algún Ricardo Palma del porvenir.

LA DUDA

En días pasados dimos breve noticia á nuestros lectores de haberse estrenado con extraordinario éxito en Madrid, la última obra de D. José Echegaray. Ahora les ofrecemos el siguiente juicio crítico, que les dará más completa idea del discutido drama.

Obra es *La duda* que por su propia importancia, desde luego reconocida y proclamada, y por la que tiene su eminente autor en el mundo de las letras, merece esa especie de juicio de revisión á que me refiero y me dispongo con toda sinceridad y buena fé, movido principalmente por el artículo que al asunto ha consagrado D. Juan Valera, este ingenio procer y supremo juez en litigios literarios que ahora desentraña, analiza y libremente sobreesee—aunque no con todos los pronunciantes favorables—en el proceso crítico del último drama del Sr. Echegaray.

El Sr. Valera, tan magnánimo y bondadoso de suyo con la generalidad de los escritores, buenos y malos; tan abundante y prolífico de cartas y prólogos para



GRUPO DE CANOAS

autores y libros de todas castas y colores (desde el lila hasta el rojo, pasando por el verde); nuestro insigne D. Juan, que oye embelesado el gorjear de rípios del último sinsonte hispano-americano, solo guarda el rigor de su desdén para nosotros los modestísimos periodistas dedicados al ingrato oficio de revisteros teatrales, «críticos al vuelo» ó lo que sea, que en la noche de *La duda* nos abstuvimos, en obediencia de aquel axioma filosófico que ya «se llevaba» algunas docenas de siglos antes de la guerra de Troya... y de los abonados á los viernes.



EN EL CANAL.—UNA ESTUDIANTINA

Nos abstuvimos, si señor, como aconsejaba Zoroastro—cuyo es, si los eruditos no mienten, el susodicho y prudente axioma ó proverbio;—nos abstuvimos por eso, y por lo otro y por lo demás allá.

Y lo otro y lo de más allá, respetable y respetado maestro D. Juan, no es más sino lo que ya se dijo oportunamente y de lo cual usted, acaso involuntariamente, prescinde, así como de nuestro humilde nombre, en el artículo crítico con que á guisa de réplica se sirve usted honrar el relato de las primeras impresiones que la obra produjo, pergeñado de prisa y corriendo, minutos después de la representación, con la balumba de las emociones y los contrarios juicios, sin tiempo ni espacio para discernir, ni juzgar, ni casi siquiera para la materialidad de escribir.

Triste recurso es, en efecto, como mío, el de salir del paso en que nos metió el drama, acudiendo á las vacilaciones y distingos del cómico personaje, de D. Braulio; pero crea usted, maestro, que salir del paso á tales horitas y en condiciones tales con recursos placenteros á los paladares tan finos y delicados como el de usted, gourmet incomparable, es tarea tan fácil como hinchar un perro.

Usted, que con la grande autoridad de su nombre estimula y aplaude tantos esfuerzos literarios dignos de mejor causa, encasillando en el Parnaso á toda esa cáfila de yernos de las Musas—puesto que como á suegras aborrecibles en su mayoría las tratan,—usted, tan corrosivamente benévolo, por su natural inclinación, con todo el mundo, ¿cómo no guarda un resto de consideración misericordiosa, ya que no de aprecio, para el esfuerzo intelectual que significa y repre-



EN EL PASEO DE LAS FLORES—DESAYUNO AL AIRE LIBRE

en el artículo afirmación clara, precisa, rotunda. "terminante y resuelta," que es como de nosotros el Sr. Valera la exigía.

Pero ¡qué más! Si ni siquiera se sabe aún con certeza si el público gustó o no gustó de la obra (copio de Valera); ni vale tampoco atribuir el mucho ó el poco éxito, si le hubo.... (sigo copiando).

Todavía estamos en eso, á estas horas; en si hubo poco ó mal éxito, en si gustó ó no gustó de la obra el público de los viernes en el teatro Español, que es para el Sr. Valera "el más culto, inteligente y escogido que en Madrid hay."

¡Oh manes de D. Braulio! ¡Verdad y grande la de que no es tarea fácil hinchar esta clase de perros, aun con algunos días de por medio para soplar!

Aparte de eso, sorprendente novedad del espíritu siempre reputado de escéptico de D. Juan Valera hubiese cambiado ahora de naturaleza..... y precisamente cuando de la duda se trata.

Ni ha sido, ni podía ser así, y D. Juan procede, al juzgar de la obra, como el mismísimo D. Braulio, por distingos.

ramente fantásticas, mitológicas ó como quiera llamarlas?

¿No hay que atender para nada á las conveniencias de la escena y llevar al espectador la ilusión de la realidad de las cosas, con la idealidad compatible, cuando este maridaje lo verifica el poder supremo del arte?

Después de la lectura del artículo, en vez de las afirmaciones consoladoras que esperaba, solo me asaltan dudas y más dudas que me es imposible desvanecer.

¿Es recomendable que en una obra bella sea el interés, cuando se va llegando á su grado máximo «más doloroso que puramente estético», como dice Valera primorosamente, y como decía yo de modo vulgar, que asustaba más que conmovía el desenlace de la obra?

Amparito, simbólicamente considerada, es hermana ó próxima pariente de Fedra, Prometeo, Edipo, Orestes. Sigo preguntando, y ahora pregunto como un eminente crítico lo hacía en tiempo parecido:—Pues que el señor Echegaray me hace pensar en esas creaciones sublimes, ¿no ha debido igualar en la suya á Sófocles, Eurípides, Esquilo, Alfieri, Séneca, Voltaire, Racine?..... ¿Los ha igualado?

¿Sería yo un espíritu superior prescindiendo, en las obras de imaginación, de la trivial llaneza de la vida ordinaria hasta el punto, por ejemplo, de dar por bueno, como ocurre en un primorosísimo cuento fantástico recientemente publicado por el propio señor Valera, que con una fotografía á la vista se conozca que los que hay retratados en ella están entonando cantares eróticos?

¿No sería esta demasiada fantasía?

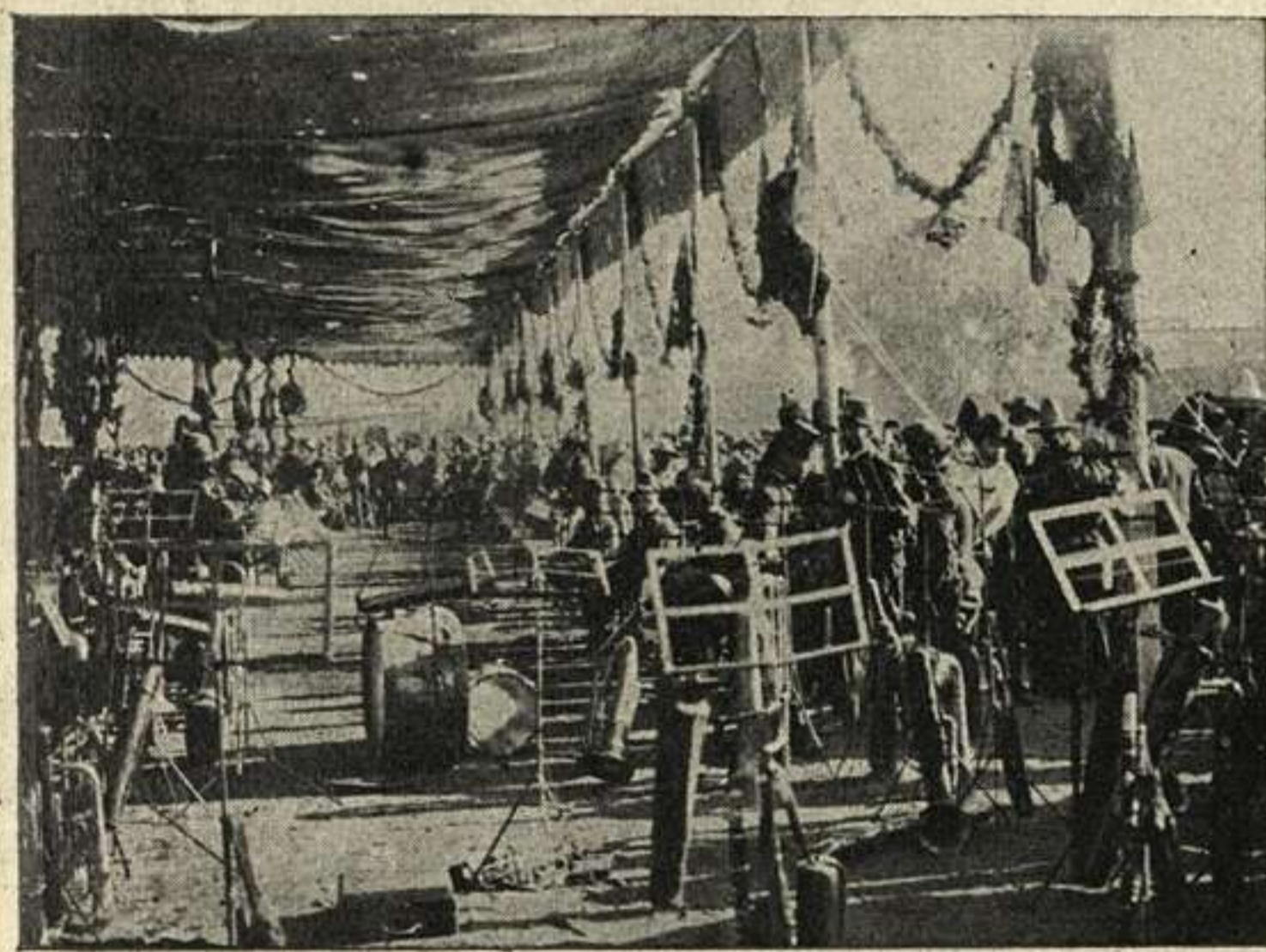
¿No son dramas simbólicos *Los aparecidos* y *La intrusa*, por ejemplo, y sin embargo, en nada perjudica en ellos el símbolo á lo humano, trivial, ordinario, verosímil, real y grandiosamente bello de la obra teatral?

Ya que el señor Valera, como dice con agudo humorismo al fin de su crítica, hubiera querido que por arte de magia se presentara el padre de Amparito, cuando este se halla en vena de ahogar, y Amparito arremetiese con él y le ahogase por insensato, ¿no le parece que también debía de arremeter con su madre y su novio y ahogarles igualmente por simples?

Yo de nada sé nada, estoy como la primera noche, y mi juicio se limita á una perpetua interrogación.

Muy de veras sentiría incurrir por ello en el enojo de D. Juan Valera—á quien en esto como en todo pongo sobre mi cabeza.—Aun no he podido salir de la duda, que es, segan Aristóteles y sólo para consolarme lo recuerdo, el principio de la sabiduría.

JOSÉ DE LASERNA



EN LA VIGA—LA TRIBUNA

senta la labor del periodismo español contemporáneo, en sus manifestaciones todas, incluyendo esta tan zarandeada de la crítica instantánea?

No pedimos que, como lo ha hecho otro ilustre académico, D. Eduardo Benot, nos reconozca usted la *beligerancia*; nos contentáramos con menos, sólo con que no nos mirara usted con malos ojos, y aun el revistero de teatros—último mono sabio destinado sin remisión á ahogarse en cuanto deja de tocar incondicionalmente el bombo y los platillos—le concediese usted siquiera, como diplomático generoso, el trato de poeta chirle menos favorecido. ¡Por Dios, Sr. Valera, que no sea de peor condición un revistero con algo de buen sentido que Pancho Zanguango, el de los rípios al Yumuri, al Yucatán y al Yucucú!

Y vamos con el drama, comenzando por descartar del artículo del Sr. Valera las alabanzas y ponderaciones de los talentos del Sr. Echegaray, que con mi modesta firma suscribo, y los aplausos al maravilloso trabajo de María Guerrero por nadie discutidos. Todo esto es tributo rendido á la justicia y lo fuera á la equidad si el Sr. Valera no hubiese preferido en los elogios de la interpretación á la señora Guillen, encargada del papel odioso y repugnante de doña Leocadia y del que hizo una verdadera creación artística. No solo en la dicción, apropiada y justa, sino en la composición total de la figura, en la actitud, la mirada y el gesto, logró la señora Guillen representar con tal verdad el personaje, que los rumores que levantaba siempre que en escena aparecía debió tomarlos, como dijo Ricardo Blasco, por aplausos.

¡Con cuánta avidez esperaba yo de las superiores luces del ilustre crítico; saber, por fin, á qué atenerme! Solo puede compararse á mi desencanto. Ni el artículo del Sr. Valera, que es lo más sustancioso que yo he leído respecto de *La duda*, me saca de la duda.

¿Es bueno ó malo el drama? No se hace sobre ello



EN LA VIGA—LOS CICLISTAS

La síntesis de su artículo crítico de *La duda* viene á ser esta: como símbolo, podemos aceptar el drama por verosímil, natural y sencillo. Simbolismo aparte, el Sr. Valera opone algunos reparos y censuras, si suaves en la forma, bastante duras en el fondo. Es la misma distinción—aunque naturalmente engarzada en el oro finísimo del ingenio del autor, de *Pepita Jiménez*,—que hizo á su modo mi D. Braulio.

Después de haber examinado la contraposición de lo real y lo ideal en el drama, escribe el Sr. Valera:

"Aceptado lo simbólico, convertida doña Leocadia en la "prosopopeya de la calumnia" (el autor quiso que fuera "la encarnación de la duda") y dotada de sobrehumanos é irresistibles poderes, claro está que todo se explica; pero si volvemos á traer y á reducir el argumento del drama á la trivial llaneza de la vida ordinaria, todavía sobreviene otra dificultad ó mejor diremos una deficiencia."

Esta deficiencia consiste en la facilidad con que convence doña Leocadia á D. Baltasar de su deshonor y en la criminal ligereza con que éste se precipita á destruir la razón y la dicha de su hija.

¿Es esta una deficiencia esencial?

¿No la hubiera conjurado el poderoso talento del autor, de haber logrado que siendo los personajes del drama humanos, verosímiles, naturales, se desprendiera lógicamente de ellos el simbolismo apertecido?

¿Debe, en un drama de costumbres modernas, sobreponerse á todo trance la alegoría ó el símbolo como en las antiguas obras basadas en la leyenda, pu-



EN LA VIGA—CABALGATA



EL CANAL FRENTE Á LAS TRIBUNAS

INDIOS Y LETRAS

Cuando se reflexiona sobre la manera con que los conquistadores impusieron su civilización y su fé á los aborígenes, cuando se recuerdan los horribles tratamientos de que los conquistados fueron víctimas y cuando se contemplan, en fin, los restos degenerados de aquella noble raza pordioseando en las ciudades ó emboscándose en lo más espeso de las montañas ó en lo más escondido de los valles, una profunda tristeza invade el corazón. Viene á la memoria la consulta que á la Santa Sede se hizo en los tiempos coloniales sobre si los indios tenían alma; se recuerda con indignación la regla que á sus colegios daba el Padre Villalpando, de que al *natural* se le debe hablar con el pan en una mano y el palo en la otra, y revive la historia de todas las extorsiones é iniquidades de que en todo tiempo ha sido víctima esa raza.

Pero también en todo tiempo ha habido espíritus levantados y nobles que aboguen por ella, la amen y la protejan. El venerable apóstol Las Casas, el amoroso Gante, el filántropo Rodríguez Puebla, el gran Ocampo consagraron á esa labor lo más fecundo de su vida.

La religión enseñó al indio á respetar á sus amos, resignarse á vivir en el infortunio y esperar la bienaventuranza eterna como premio: la libertad quiere más; arrebatarlo á la fatalidad por el camino de la instrucción; redimirlo, elevarlo, abrirle las puertas de toda prosperidad y todo progreso y romper con las preocupaciones que lo alejan de las otras razas.

Por eso se multiplican las escuelas y se les consagra particular atención, y por eso se estiman como triunfos gloriosos de la humanidad los que obtienen los indios en sus ejercicios de instrucción y de educación.

Hoy publicamos con satisfacción verdadera el retrato de la Directora de la Escuela de Xochimilco, acompañada de las niñas que obtuvieron los premios más altos en el último exámen.

Esas ya no son presa de la ignorancia, ni serán esclavas de la depravación. Esas no solo tienen alma: tienen más. La posesión del libro que es para la inteligencia como el espacio para las aves, tesoro de belleza, de aire y de luz.

SHAKESPEARE

La Naturaleza se desborda en los dramas de Shakespeare y los acompaña como una orquesta: escuchamos en ellos el soplo de la brisa ó los silbidos del viento, y se inunda de súbito la escena con ráfagas de penetrantes aromas. Magníficos efectos de luz idealizan los grupos de sus personajes: el alba platea el beso de los amantes de Verona; la luz de la luna ilumina con mágica blancura á Jéssica, sentada debajo de los limoneros del jardín de Belmont; los vestidos de Celia y de Rosalinda se enredan en los matorrales de la selva de las Ardenas; la mar baña con candidas espumas los pies de Desdémona, al tocar en las playas de Chipre, y los vencejos revolotean girando, en torno del pavoroso torreón de Macbeth. Algunas veces el drama se interrumpe como para contemplar, conmovido, la dulzura de una tarde apacible ó la magnificencia de un cielo tachonado de estrellas: á la acción sucede el éxtasis, y la tragedia cede su voz á la melodía: los personajes aplacan en aquel momento la agitación de sus pasiones; templan sus voces como los instrumentos de una serenata religiosa, y suben entonces hasta el firmamento el himno ó las plegarias!

Escuchad al amante de Jéssica, en *El Mercader de Venecia*:

—¡Cuán dulcemente resplandece la luz de la luna sobre ese banco!... La tranquilidad de la noche conviene á los acordes de la dulce harmonía. Siéntate, Jéssica! Contempla la inmensa techumbre de los cielos, sembrada por todas partes con discos de oro luminoso... no hay uno solo de esos astros, ni siquiera el más pequeño, que no cante como si fuera un angel, en acorde perpetuo con los serafines de mirada infantil. Pues una harmonía semejante resuena en el fondo de las almas inmortales; pero nosotros no podremos escucharla jamás, en tanto que nos envuelva este barro mortal con su grosera vestidura!

Con el cetro de este mundo, Shakespeare posee la llave misteriosa del otro: el abismo y la tierra le obedecen; evoca los espectros de la misma manera que ha sabido crear seres humanos, y su ciencia secreta es formidable: la sombra del padre de Hamlet y el fantasma de Banquo dominan el mundo de lo maravilloso; las Parcas retrocederían con espanto en presencia de las Hechiceras de Macbeth.

El gran trágico que subyuga á la realidad tan vigorosamente, es, al mismo tiempo, el más lúcido de los soñadores. Por encima de su imperio terrestre se cierne un mundo encantado de islas embalsamadas de selvas vírgenes y de mares profundos, cuya temperatura ó cuya calma rige, en vez del tridente de Neptuno, la vara mágica de los encantadores; mundo maravilloso que refleja, de mil modos distintos, las cosas de la tierra. Allí se ven la Mitología y la Magia confundidas; la Hechicería en los apriscos de los pastores; rondas de ninfas y danzas de hadas, los amores de los espíritus que se columpian entre la tierra y el cielo, en una tela de araña plateada por la luna; hervideros de intrigas microscópicas que se agitan lentamente en los tallos de la yerba; Puck, que resplandece velozmente, como un fuego fatuo; Cupido entre los genios, como una abeja del Himeto entre los colibríes de las sabanas; la reina Mab huyendo hacia el país de los sueños en una cáscara de nuez; Titania, ciñendo con las verbenas reales que coronan su frente, la cabeza de asno de Botham... todo un apocalipsis, en fin, pequeño y deforme, grotesco y gracioso á la vez... el sueño fantástico de un dios, embriagado con néctar!

Shakespeare que es un gigante, contempla, sin embargo, con ojos de enano, el mundo microscópico de las leyendas y conoce las querellas domésticas de los duendes, lo mismo que las contiendas civiles de los imperios. Sus manos poderosas que hieren á Macbeth y estrangulan á Desdémona, pueden también coger á los silfos, sin deslucirles el azulado polvo de sus alas, en las corolas de la *dama de noche*. Al resplandor de una luciérnaga ve tantas cosas como á los rayos del sol, y sus labios, que hacen resonar con tanto vigor el clarín de la tragedia, saben lanzar por el aire, con leve soplo, diáfanos y brillantes burbujas, teñidas con los colores del iris.

El estilo de Shakespeare, en consonancia con la multiplicidad de su genio creador, es la lengua más extraordinaria que hayan podido hablar los labios del hombre. Reinan en él la exaltación y el delirio, y sin embargo, aparece natural, porque las pasiones de sus personajes son tan vehementes y tan profundas sus sensaciones, que no hay palabras demasiado violentas para expresarlas. Así las Sibilas y los Profetas de Miguel Augel, se retuercen y pugnan por dar salida á la fuerza interior que los agita: revuelven, con ademanes atléticos, las hojas de un libro, ó se inclinan y se voltean bruscamente, con el vigoroso movimiento de los Titanes escalando el Olimpo: crujen sus cuerpos, se estremecen sus huesos; pero sus músculos, contraídos enérgicamente, los enlazan y los oprimen, como las serpientes del Laoconte.

Un torrente de inspiración se desborda en los diálogos de Shakespeare, arrastrando confundidos el fango y el oro las trivialidades y las magnificencias la hez y la espuma: magnífica y exhuberante confusión de hipérbolos gigantescas y de metáforas atrevidas, explosión de lirismo y de exclamaciones furibundas, hacinamiento de imágenes desenfundadas y ardientes, que se resumen finalmente en una harmonía deslum-

El gran sacrificador trágico comenzó, según se dice, por sangrar el ganado en la carnicería de su padre; aparece después, cazando furtivamente en los bosques de Stratford y más tarde como palafrenero, cuidando en la puerta de los teatros los caballos de los espectadores, sin que ninguno de esos groseros oficios lograse manchar el carácter de aquel dulce Shakespeare como le llamaban sus contemporáneos. Ellos sin sospechar su genio proclaman acordes su bondad, y su memoria no les deja sino un perfume de dulzura y simpatía. En su dedicatoria al Conde de Pembroke, dicen los dos comediantes que publicaron por primera vez los dramas de Shakespeare: "*Hemos recogido estas bagatelas como un piadoso servicio en favor del muerto, sin ambición de lucro ni de renombre, á fin de procurar protección á sus huérfanos y más principalmente para conservar la memoria de un amigo tan digno y de un compañero tan bueno como nuestro Shakespeare.*"

Comediante como Molière, como él sufrió también el humillante menosprecio que soportaban entonces los que seguían la carrera de las tablas; pero tuvo también, como él, el sentido práctico y la sabiduría de la vida. Trabaja, estudia, produce, gana dinero y lo economiza, funda un teatro y lo hace prosperar, compra una casa en Stratford su pueblo natal, y planta en ella un árbol... más tarde, á los 50 años, al declinar su vida, se retira tranquilamente para descansar y morir á la sombra de aquel árbol!

He allí toda la vida privada de Shakespeare. La antorcha ha deslumbrado al universo y el hombre que la llevaba permanece en tinieblas. Tan espesa obscuridad amasada en torno de una gloria tan inmensa, hace soñar en esos astros cuya luz no llega á la tierra sino algunos siglos después de su desaparición.

No es, pues, en el claro-oscuro de una vida tan oculta, sino en la plena luz de su teatro, donde debe-



LA PROFE SORA DE XOCHIMILCO Y LAS ALUMNAS PREMIADAS

bradora, y que nos recuerdan esos grandiosos paisajes del Trópico en que todo se amplifica y se agranda bajo los rayos de un espléndido sol; donde las flores humean como los incensarios, los insectos despliegan alas de dragón, y los guijarros chispean como carbunclos, donde nadan las panteras sobre las plantas acuáticas y las serpientes enroscan sus e camosos anillos en el anchuroso tronco de los árboles centenarios.

En el estilo del gran poeta la gracia y la delicadeza corresponden también á su energía! El gran tallador de colosos es al mismo tiempo un cincelador exquisito de joyas. Los Benvenuto Cellini del soneto italiano no han podido igualar la finura de sus madrigales. Los pasajes de fantasía que intercala en sus dramas, recuerdan por la complicada riqueza de sus detalles, los arabescos del Renacimiento cuyos festones de follaje rematan con el busto de un satiro ó con la cabeza de una ninfa. ataviada en vez del gorro frigio, con el cáliz de una flor.

Quién fué pues, ese hombre extraordinario y semi-divino que reinará perpetuamente sobre el mundo de los inteligentes? Apenas se sabe. Los orígenes de Shakespeare á semejanza de los del Nilo, no son conocidos sino á medias. La sociedad Shakesperiana, instituida en Londres, que paga á peso de oro cualquier noticia inédita de su vida, no ha podido recoger sino raros indicios Shakespeare ha pasado al través de su siglo, guardando el incógnito de su genio, como guardan los reyes el de su majestad cuando viajan. Los rasgos dispersos que de su grande imagen nos quedan, no se prestan absolutamente el énfasis. Tuvo una de esas existencias fáciles y silenciosas que glorifica Montaigne.

Ni hemos de encontrar á Shakespeare. Ni hemos de encontrarle tampoco entre los héroes que se agitan, en primer término, en el proscenio; sino entre los personajes que asisten al drama, en segundo término, sin mezclarse demasiado en él. Confundámonos en una sola figura al honrado *Haracio de Hamlet* al espiritual *Mercutio de Romeo y Julieta*, al leal *Antonio del Mercader de Venecia*, y al melancólico *Santiago de Como gustéis*, y tendremos acaso un retrato que separezca á William Shakespeare.

Oh sí! tal es, como yo me lo figuro: lleno de gravedad y de tristeza, harto preocupado con la creación interior de su alma, para poder entregarse á la vida activa, pero discreto entre los discretos, y revelando en su conducta algo de filosofía superior que imperaba en su pensamiento contemplativo sin misantropía, irónico sin amargura; inclinándose un poco para contemplar á los hombres, sin hacerles sentir el peso de su grandeza; elegante en sus costumbres, cortés y tranquilo, benévolo con todas las conveniencias de su siglo y de su país; despreciando de una manera dulce, pero profunda, todo lo que era despreciable, y dotado con esa indeferente bondad que caracteriza á los seres soberanos, y con un espíritu de fuego, cuyo estado normal era una magnífica irradiación... Tal era; tal debió haber sido Shakespeare, á quien puede aplicarse la magnífica alabanza que en su *Julio César*, pronuncia Antonio en honor de Bruto: "*Su vida era pacífica, y era tan armoniosa la combinación de los elementos que la formaban, que la Naturaleza podía levantarse con orgullo, y decir al Universo: ¡aquel era un hombre!*"

Traducido libremente por
FERNANDO JUANES G. GUTIERREZ.



EVA

A ROSARIO DE LA PENA

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter, el *Fiat-lux* estremecía;
Era el sereno despertar del mundo
Del tiempo en la niñez.

Amanecía....

Y del Criador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera,
Y levantando púdica su velo
Primavera gentil, rica de galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

El monte azul, su cumbre de granito
Dejando acariciar por los celajes
Dispersos en el éter infinito,
En campos desplegada de esmeralda
La exhuberante falda
De sus bosques tranquilos y salvajes.
Y cortinas de móviles follajes,
Cascadas de verdura
Cayendo en los barrancos,
Daban sombra y frescura
A grutas que fragantes tapizaban
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque presintiendo el día
Poblabla su arboleda de rumores,
El agua alegre y juguetona huía
Entre cañas y juncos tembladores.
El ángel de la niebla sacudía
Las gotas de sus alas en las flores,
Y flotaba la Aurora en el espacio
Envuelta en sus cendales de topacio.

Era la hora nupcial. Dormía la tierra
Como una virgen bajo el casto velo,
Y el régio sol al sorprenderla amante
Para besarla iluminaba el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
En un coro inefable preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Exhalado de todas las corolas,
Flotaba derramado en los cefiros
Que al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros.

Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Inundaban de músicas el viento
Desatando el raudal de sus cauciones.

Era la hora nupcial. Naturaleza.
De salir del caos aun deslumbrada,
Ebria de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía.
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecía.

El hombre!... Allá en el fondo
Más secreto del bosque, do la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida la musgosa alfombra
Y más rico y fragante el limonero!
Donde más lindas se tupían las flores
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas:
Do más bellos tendía,
Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormía,
Aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno;
Dios miraba lo criado
Y veía que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
A la sombra dormido de la palma,
Y del césped florido en el regazo
Estaba Adán, la varonil cabeza
En el robusto brazo,
Y esparcida á la brisa juguetona
La melena gentil; pero la altiva
Frente predestinada á la corona,
La noble faz augusta de belleza
En medio de su sueño, revelaban
Severa y melancólica tristeza.
El aura matinal en blando giro
Su frente acariciaba, y suavemente
Su pecho respiraba,
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio entreabierto resbalaba.
¿Sufría?... En aquel retiro
Solo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primer, era el momento
Primero de su vida, y ya su labio
Bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno,
Pero él estaba solo. El aislamiento
Transformaba en proserito al soberano.....
Entonces el Criador tendió su mano

Y el costado de Adán tocó un instante.
.....

Suave, indecisa, sideral flotante,
Como el leve vapor de las espumas,
Cual blanco rayo de la luna, errante
En un girón de tenebrosas brumas,
Emanación castísima y serena,
Del cáliz virginal de la azucena,
Perla viviente de la aurora hermosa,
Ampo de luz del venidero día
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo sér que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adán:..... Adán dormía.

¡La primera mujer! Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbre
La mañana primer de las mañanas.
¿Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas
Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra
De azules horizontes,
Los campos de esmeralda
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que en las olas de la mar sombría
Alza penachos de brillante espuma,
Y corona de arco-iris y de bruma
La catarata rápida y bravía;
La que tiñe con mágicos colores
Las plumas de las aves y las flores;
La que tan bellos pinta esos celajes
De oro y ópalo y púrpura que forman
Del cielo de la tarde los paisajes;
La que cuelga en el éter cristalino
El globo opaco de la luna fría,
Y en el zenit espléndido levanta
La corona del sol que lanza el día;
La que al tender el transparente velo
Del ancho firmamento, como rastros
De sus dedos de luz dejó en el cielo
El polvo fulgoroso de los astros;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte pereunil hechizo,
La del Eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer.....esa te hizo!

La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el casto rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios
Como la rosa purpurina, rojos,
Esa mirada en que fulgura el alma
En los rasgados y brillantes ojos;
Y por el albo cuello

Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en olas de flotantes rizos!...

Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz que se mezclaba
Del albor al crepúsculo indeciso....
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa;
Naturaleza toda palpitante,
Como á la virgen trémula el amante
La envolvía cariñosa.
Las brisas y las hojas le cantaban
La canción del susurro melodioso
Al compas de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoro;
En torno cefirillos voladores
Su cabello empapaban con aromas,
Suspiraban pasando los rumores,
Y trinaban mejor los ruiseñores
Y lloraban más dulce las palomas;
En tanto que las rosas extasiadas,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia
Su pie bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luego.

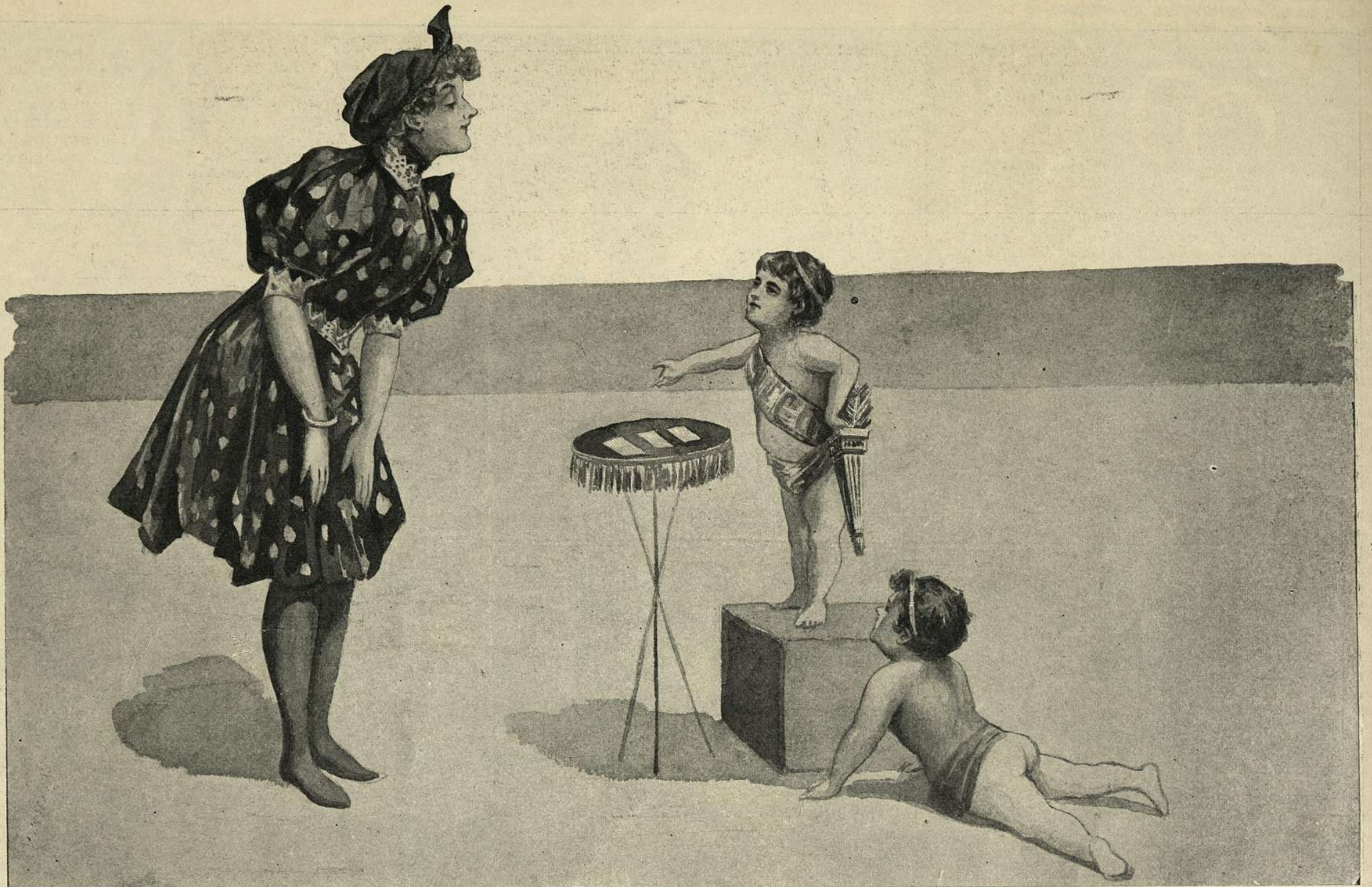
Iba á salir el sol, amanecía,
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adán dormía;
Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba
Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba
Sobre el inquieto corazón las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos, ojos soberanos;
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno, comprimido
Del corazón el férvido latido,
Sintiendo que potente, irresistible,
Algo inefable que en su sér había
Sobre los labios del gentil dormido
Los suyos atraía,
Incliuóse sobre él....

Y de improvviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante,
Se estremeció de amor el Paraíso....

Y alzó su frente el sol en ese instante!

MANUEL M. FLORES



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE



Su modestia me sorprendía tanto más cuanto que entre esa clase de especialistas generalmente muy pagados de su habilidad, el viejo saltimbanquis me parecía más extraordinario que todos los que hasta entonces había visto.

—Bah! señor, me decía es cuestión de ejercicio y de costumbre, hé ahí todo! Sin duda que es preciso un poco de disposición y cierta habilidad en los dedos, pero lo que se necesita antes que todo es paciencia y trabajo cotidiano durante largos, largos años.

Efectivamente, yo había visto á menudo, aún en humildes barracas de provincia, ejecutar la suerte que consiste en colocar á un hombre ó á una mujer en cruz contra un blanco de tablas y plantarle desde lejos cuchillos entre los dedos y al rededor de la cabeza. Esta suerte no tiene, en suma nada de particular para el que conozca los artificios, puesto que los cuchillos no tienen absolutamente filo y se clavan á una distancia suficientemente grande de la carne.

Pero en este caso no había nada de mañas, nada de ilusión, nada de apariencias! La cosa se hacía lealmente, con entera sinceridad. Los cuchillos estaban afilados como navajas de barbero, y el viejo saltimbanquis los plantaba directamente á flor de epidermis, precisamente en el ángulo de los dedos, aureolando la cabeza con un círculo estrecho y ciñendo el cuello en una argolla de la que no podría salirse sin cortarse las carótidas.

Habíamos llegado á ser amigos y él me explicaba con mucha modestia en qué consistía el verdadero artificio incomprensible para la multitud; el eterno artificio, resumido en estas sencillas palabras:

—Tener vocación y trabajar durante largos, largos años, todos los días.

Le había llamado mucho la atención la seguridad en que yo estaba de que á él le habría sido imposible una triquiñuela.

—Sí, sí, me dijo, tiene usted razón, imposible, absolutamente! Imposible hasta un punto que no se puede imaginar. Si yo le refiriera..... Pero para qué?

Su rostro se tornó sombrío. Lágrimas temblorosas caían de sus ojos. No me atreví á insistir y forzarlo á confidencias; pero sin duda mis miradas fueron menos discretas que mi palabra y le exigían que hablase. Y obedeció á aquella súplica muda.

Después de todo, dijo por que no contar á usted lo que ocurre?..... Comprendé usted?

Y añadió, tornándose de pronto feroz su expresión: —Ella sí que lo ha comprendido, ella!

—Quién? pregunté.

—La infame de mi mujer. Ah! señor, la abominable criatura..... si supiera usted.

Su mujer era la que diariamente se colocaba delante del blanco de tablas, con los brazos en cruz y los dedos extendidos; y el viejo saltimbanquis calzaba estos

y nimbaba su cabeza con los cuchillos afilados como navajas de barbero y plantados á flor de epidermis.

La mujer podría tener treinta años; debió haber sido muy bonita, pero con una belleza perversa, con una nariz insolente, ojos crueles, boca á la vez sensual y maligna, el labio inferior demasiado carnudo en contraste con el superior, delgado y seco.

Yo había observado varias veces que cada vez que el cuchillo penetraba en el blanco, ella lanzaba una risilla apenas perceptible pero significativa cuando se la oía; una risilla agria y soberanamente desdeñosa.

—Eh? Ha observado usted su risa? Su malvada risa que se mofa de mí, su risa cobarde que me provoca! Cobarde, sí, pues que ella sabe bien que nada puede acontecerle; nada, á pesar de todo lo que merece, á pesar de todo lo que yo debería hacerle, á pesar de todo lo que *quiero* hacerle.

—Y que quiere usted?

—Diablo! No la adivina? Quiero..... matarla!

—Matarla por qué.....?

Quiere usted saber la historia? Bueno. Algún día había de contarla. Oiga usted.

La recogí un día, siendo aun pequeña, en la mitad del arroyo. Se estaba muriendo de hambre, yo no tenía familia y me dió lástima.

El cambio de posición la embelleció y cuando por primera vez la saqué á hacer unos ejercicios sencillos, el público se enloqueció.

Luego le arreglé la escena de la buena ventura que nos dejó mucho dinero. Ella en traje de maga y dos chicos vestidos de angelitos; tiraban las cartas, decían al público algunas simplezas de adivinación que les enseñé y se hacían aplaudir á rabiar.

Pero todo esto no tiene interés. Lo digo para que vea usted que me lo debe todo esa mujer que luego ha sido tan ingrata. Con el tiempo fué creciendo mi cariño y el suyo y me casé. Pero; cuan poco dura la felicidad! Un día, lo de siempre, le sorprendí unas cartas y me llené de furor. Ruegos, juramentos, protestas, lágrimas y tuve la debilidad de perdonar.

Unos cuantos días después mientras estaba yo en la pista en un acto con la equitadora, me dió un vuelco el corazón, tuve un presentimiento sombrío. Yo nunca, nunca dejaba el trabajo, pero esa vez, como aconsejado por el demonio, corrí á mi cuarto de vestir y allí la ví en brazos del infame que me robaba mi dicha.

Iba yo á saciar mi furor, á vengar la afrenta, á castigar á los culpables cuando oí la tremenda grito del público. Qué lucha! qué horrorosa lucha! Los minutos que duró mi vacilación fueron siglos de dolorosa agonía; pero el público gritaba más y más y al fin me venció la idea del deber. Volví á la pista.

Después me ha engañado, me ha burlado, me ha escarnecido tantas veces!

Pero lo peor es que la primera vez que la perdoné, cuando la dije que si gustara podría cortar el cuello el mejor día, sin que apareciese como de propósito, sino por un accidente, por torpeza.....

—Ah! Le ha dicho usted eso?

—Ciertamente. Y pensaba hacerlo. Sí, pensaba poder hacerlo. Tenía perfecto derecho, vaya! Y era cosa tan sencilla, tan tentadora! Imagínese usted. Un gesto, un movimiento en falso, de un centímetro apenas, y héla cortada por la yugular. ¡Cortan tan bien mis cuchillos! Y, una vez cortada la yugular, cuestión de tres flujos de sangre y, vengado!

—Es verdad. Horriblemente cierto.

—Y sin peligro para mí, verdad? Una desgracia, hé ahí todo, un desliz, un error, como acontece cada día en nuestro oficio. De qué se me acusaría? Quién pensaría siquiera en acusarme?. Homicida por imprudencia, no más! Aún se me compadecería antes que acusarme. Mi mujer! mi pobre mujer! diría yo sollozando. Mi mujer que me es tan necesaria, que es la mitad de mi sostén, que hace parte de mi todo! Creo que me compadecerían.

—Sin duda alguna.

—Y cómo sería de bella esta venganza, la más bella de todas las venganzas, con la impunidad asegurada!

—Evidentemente.

—Y bien, cuando le he dicho todo esto como os lo digo ahora y más aún, amenazándola, loco de rabia, resuelto á hacerlo tal como lo pensaba, sabe usted que me respondió?

—Que usted era un hombre honrado y que seguramente no tendría el atroz coraje de.....

—Ta, ta, ta! Yo no soy tan honrado como parece. La sangre no me asusta. He tenido ocasión de probarlo. No diré cómo y cuándo, porque sería inútil. Pero á ella no había necesidad de probárselo. Ella no ignora de cuántas cosas soy capaz, aún de un crimen, sobre todo, de un crimen.

—Y no se ha asombrado?

—No. Ha contestado simplemente que yo no podría hacer lo que decía. Oiga usted bien! Que no lo podría hacer!

—Y por qué?

—Ah! señor; no comprende usted? Cómo es que no comprende? Pero, no he explicado por medio de cuantos largos y pacientes, y cotidianos ejercicios he llegado á saber clavar mis cuchillos?

—Sí. Y bien!

—Y bien: no sospecha usted que ella ha comprendido, terriblemente comprendido, que al presente mismo no me obedecería si quisiese ejecutar un falso movimiento?

—Desgraciadamente nada más cierto! Yo he querido, en efecto, he querido esta venganza soñada y que me parecía tan cómoda. Exasperado por la jactancia de la culpable, por la seguridad, he resuelto varias veces matarla. He concentrado entonces toda mi energía, toda mi habilidad, para hacer desviar los cuchillos cuando los he lanzado á bordear el cuello. Quería con todas mis fuerzas obligarlos un centímetro, justamente para cortar la arteria. Lo quería, lo quiero y nunca lo he conseguido, jamás, jamás! Y siempre la risa insolente de la infame se ha mofado de mí, siempre, siempre!

Y en un diluvio de lágrimas, con estertores de rabia insaciada y reprimida, concluyó, rechinando los dientes:

—Ya me conocí esa serpiente. Está en el secreto de mi trabajo, de mi paciencia, de mi artificio, de mi rutina, vamos! Ve en el fondo de mi mismo, y ve claro, más claro que usted, más claro que yo. Conoce que he llegado á ser una máquina sin defectos, una máquina de la que ella se burla, una máquina bien montada, una máquina inalterable: sabe bien que yo no puedo falsear mis movimientos.

El pobre hombre permaneció llorando por algunos minutos, llorando y sollozando, la frente oprimida entre las manos, y el cuerpo tembloroso y la respiración entrecortada.

Después añadió lentamente:

—Y no crea usted, no es verdad que me haya yo connaturalizado con la infamia como esa mujer se lo imagina. Mi corazón es un vaso henchido de amargura y una gota más puede hacerlo rebosar.

—Hay un medio de evitar eso. Abandónela usted.

—Eso es lo que la infame desea para entregarse entonces sin freno á las delicias de la vida de libertad con que ha soñado.



—Y ¿qué remedio?

—No sé Yo lo quiero todo menos dejarla. Porque cuando me imagino que esa vil criatura endeble y repulsiva que saqué del fango, se ha convertido por mis cuidados en una mujer arrebatadora que todos admiran y desean, cuando pienso en que apenas deje yo su lado llorando me sustituirá sonriendo otro hombre venturoso, no sé qué amargos pensamientos me asaltan y no sé qué horrosas víboras se me enrollan en el corazón.

—Perdone usted, olvide y huya.

—No, eso que yo hice, que yo formé, que yo embellecí, debe ser mío, mío ó de la tumba nada más! Y nunca de otro. Oh! nunca, nunca. Estaba tan exitado el pobre hombre que yo preferí dejarlo solo. Solo con sus inmensos infortunios.

Durante algunos días y aún después de que la Compañía de Circo Ecuéstre y Variedades hubo salido de la población, tuve presentes en la memoria, conmoviéndome el corazón, los tristes relatos de mi amigo el Clown que con perfección tan rara sabía clavar los cuchillos. Luego lo olvidé todo.

Ayer leí en un periódico de América la siguiente breve noticia

“Una dolorosa desgracia acaba de ocurrir en el Circo Metropolitano. El artista que dibujaba con los cuchillos una figura humana, por desgracia erró el golpe y dividió la yugular á su bellísima esposa que servía de blanco. El marido está inconsolable.

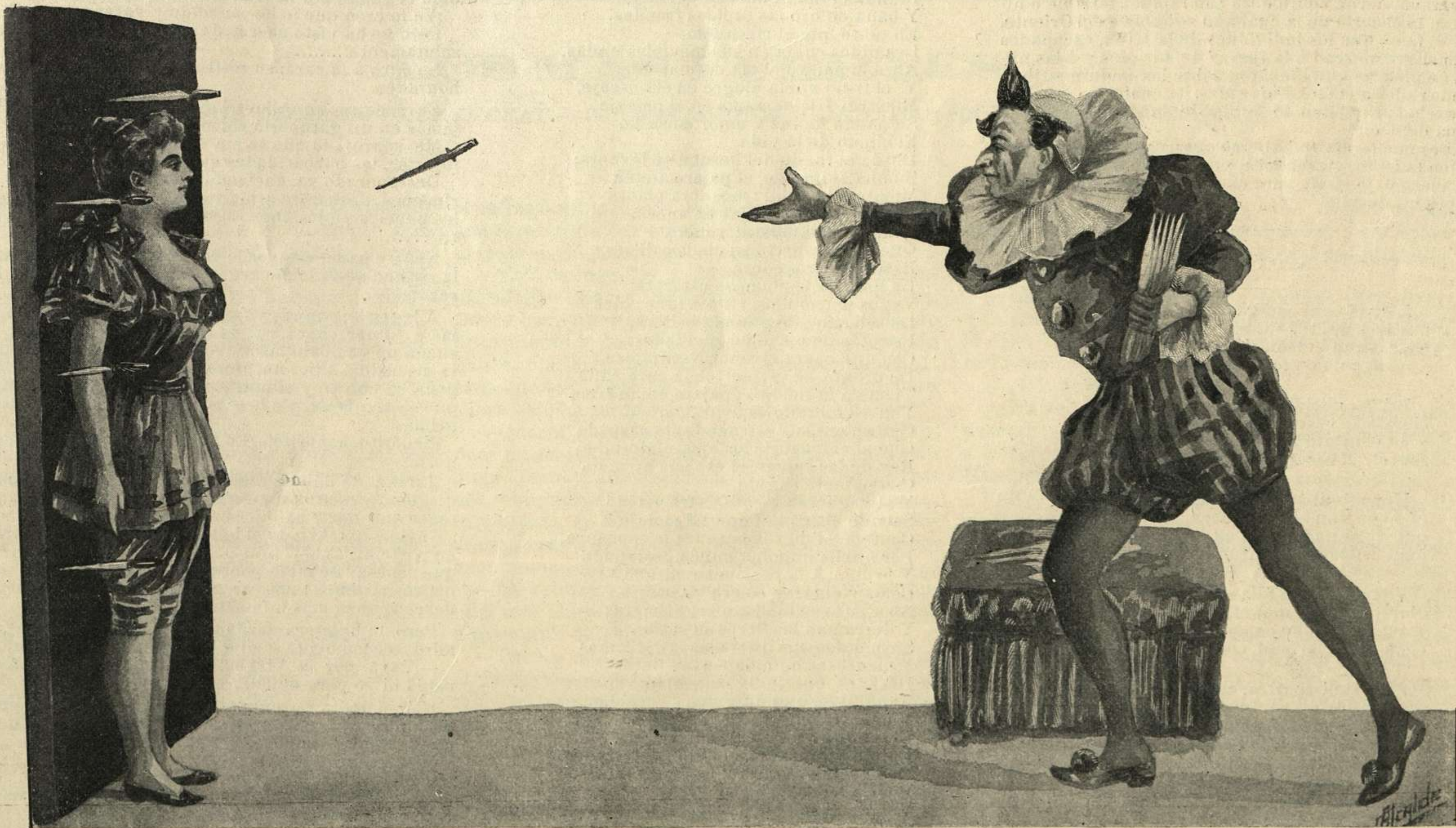
Yo sentí que se me erizaban los cabellos y dije:

“Los celos vencieron al fin á la fuerza de la costumbre.

JUAN RICHEPIN.

Algunas veces se enseña á engañar por temor de ser engañado.

SÉNECA



LOS AVESTRUCCES

Habia en la Arabia una tribu de avestruces renombrada y temida por la fuerza con que, al verse atacada, disparaba con sus grandes y duros piés los guijarros de aquel suelo pedregoso. Citábanse los nombres de cazadores habilísimos que habian salido gravemente descalabrados al intentar osadamente coger y desplumar á aquellos fieros avestruces.

Descansaban éstos en la confianza de que nadie los atacaría y en la rapidez de su carrera, cuando unos árabes astutos y codiciosos resolvieron acometer la empresa, de la cual se prometían considerables ganancias.

A tal fin se guardaron muy bien de ir derechos á su objeto y ensayaron con éxito dichoso el sistema de reducir poco á poco el terreno donde los avestruces podían moverse, y fatigar á éstos, llamando continuamente su atención y llevándolos de un lado para otro, antes de darles sobre seguro la última y decisiva arremetida.

En un principio alborotáronse las indómitas y corpulentas aves, pero en vista de que todo ello no pasaba de un poco de molestia y de ruido, acabaron por no atribuirle gran valor. Para evitarse las inquietudes y los sobresaltos que las correrías de los beduinos por aquellos alrededores les producían, los avestruces más viejos, los que estaban al frente de la tribu, dieron á los demás el ejemplo de meter la cabeza bajo el ala.

Al oír las voces de los árabes y el galope de sus caballos y de sus asnos, los avestruces acudían á aquel recurso y se libertaban así de todo cuidado y todo miedo. De esa manera iban acostumbrándose á no ver peligro alguno en la proximidad de los cazadores y confiándose más y más.

Sin embargo, algunos individuos de la tribu, más recelosos ó más acostumbrados que los restantes, lejos de meter la cabeza bajo el ala, estiraban el cuello cuanto podían y advertían á los otros de la conveniencia de tomar posiciones para afrontar el riesgo y escapar de él si se presentaba. Enojaba la advertencia á muchos, y especialmente á los guías, los cuales consideraban que aquello conducía solo á la alteración de la dulce tranquilidad en que estaban sumidos.

Habia también algún avestruz, que presumía saber lo todo, y algún otro que alardeaba de ver más que nadie, quienes juraban y perjuran que los beduinos sentían grande interés por la tribu, y únicamente impulsados por éste y por la curiosidad llegaban cada día más cerca. Replicaban los cautelosos señalando las salidas del valle, donde la tribu tenía su habitación, ocupadas por los posibles enemigos, sus correrías cada vez más próximas y los sendos larguísimos garrotos con que venían armados. Ante estas indicaciones metían los demás la cabeza bajo el ala y afirmaban que nada de ello veían ni tenían para qué verlo.

Marcharon así las cosas, hasta que un hermoso día, que fué muy malo para los avestruces, los cazadores, seguros ya del éxito, pasaron á escape muy cerca de las confiadas aves, y viéndolas con la cabeza bajo las alas, revolviéron sobre ellas con rapidez terrible é hicieron la cacería de la cual aún se habla en el Oriente.

Y es fama que los individuos de la tribu, escapados del peligro merced á la fuerza de sus piés y á las nubes de piedras que lanzaron sobre los beduinos, iban dando ruidos aletazos á los guías, los cuales no cesaban de exclamar: ¡Quién lo había de suponer! ¡Quién lo había de decir!

Ni es menos cierto haberse observado desde entonces en la tribu, ya rehecha que, cuando un guía mete la cabeza bajo el ala ante el riesgo, lo echau de allí á golpes los demás.

A PIEDAD

Llegas á mí con garbo presumido, tierna y gentil.—¡Cuán vario es el orgullo! Ostenta en el león crin y rugido y en la paloma tornasol y arrullo.

Brillas y triunfas, y á carnal deseo cierras la veste con seguro alarde; y en el fulgor de tu mirada veo sonreír el lucero de la tarde.

Hay minutos de gracia, que suspenden el dolor, con alivio soberano; que de la paz divina se desprenden para cruzar el infortunio humano.

Virtud celeste á la miseria mía viene contigo y en el antro asoma, y entra y cunde como una melodía, como una claridad, como un aroma.

Al triste impartes, como buena maga, tréguila feliz; y en dulce desconcierto, bendigo por el bálsamo la llaga y amo por el oasis el desierto.

Y me vuelvo á mi cítara, y la enfloro, y la pulso, y el son que arranco á ella se ve, tinto en la púrpura y el oro del puesto sol, á la primera estrella.

SALVADOR DIAZ MIRON.

DAMAS MEXIGANAS



Srta. Maria Rojas

DE GUANAJUATO.

EL DESPERTAR DEL LEON

Huye la noche tras la selva umbría.
Dibújase en el pálido horizonte
La vaga claridad del nuevo día....
Cesa la dulce calma de esa hora
Que siempre arrobadora
Marca en el cielo sus radiantes huellas,
Cuando lucha el fulgor de las estrellas
Con la marcha triunfal de cada aurora.
Quedan las secas hojas, sacudidas
Por el ambiente matinal, y ruedan
Las lágrimas de lluvia que se quedan
En los pétalos nuevos suspendidas.
Inunda el Sol la bóveda del cielo
Y baña en oro las tupidas frondas,
En tanto que el riachuelo
Los nidos copia en sus movibles ondas.
Abre el pájaro el ala entumecida
Y el trino vuela alegre en el bosque,
Mientras Iris derrama en el paisaje
Su paleta de luz y amor enchida.
El himno de la vida
Desde el fondo del bosque se levanta;
Zumba el insecto, el pájaro aletéa
Mientras la debil trepadora planta
Sus campánula, rojas balancea.
Como lejana música, sonora,
Que en el espacio su clamor dilata,
Resuena atronadora
La límpida, espumosa catarata!
Vagos murmullos, ritmos ignorados
De solemne, de gárrula belleza,
Estrofas de los nidos olvidados
Con que canta el amor Naturaleza.
De pronto, se estremera la enramada,
Tiembla la flor, y el pájaro enmudece,
Y al asombrado espíritu, parece
Que ahoga sus estruendos la cascada
Que al entreabrir los ojos, el dormido
Rey de las selvas, el espacio atruena
Con potente rugido,
Y al vagaroso viento, estremecido,
Sacude altivo la imperial melenal
Contempla de sus bosques la espesura,
Por huella humana nunca profanada
Y brillan, á la vez, en su mirada
Celos y amor, y cólera y ternura.
A su paso se inclinan las palmeras
Y derraman las flores sus aromas,
Suspenden sus querellas las palomas
Y medrosas humillan las fieras.
Después, quietud y magestad: regresa
Al cubil en que duermen sus cachorros,
Y mientras vierte sus candentes chorros
El sol que los juncuales atraviesa,
De pie, grandioso, el héroe del desierto,
De la selva olorosa y bosque umbrío,
Revela su soberbio poderío
Viendo al sol, frente á frente. Está despierto

JOSE M. ZAYAS.

EL DECIMO DE LOTERIA

¿La historia de mi boda?

Oiganla ustedes: no deja de ser rara.

Una pálida chiquilla de pelo greñoso de raído mantón, fué la que me vendió el décimo de billete de lotería, á la puerta de un café, á las altas horas de la noche.

La di de prima una cantidad enorme, un duro. ¡Con qué humilde y graciosa sonrisa recompensó mi largueza!

—Se lleva usted la suerte, señorito—afirmó con la insinuante y clara pronunciación de las muchachas del pueblo de Madrid.

—¿Estás segura?—la pregunté en broma mientras deslizaba el décimo en el bolsillo del gabán.

—¡Vaya si estoy segura! Como que el décimo se lo lleva usted por no tener yo cuartos, señorito. El número ya lo mirará usted cuando salga, es el 1,420; los años que tengo, 14, y los días del mes que tengo sobre los años, 20 justos. Ya ve si compraría yo todo el billete.

—Pues, hija,—respondí echándomela de generoso, con la tranquilidad del jugador constante que sabe que no le ha caído jamás ni una aproximación, ni un mal reintegro—no te apures: si el billete saca premio la mitad del décimo para ti. Jugamos á medias.

Una alegría loca se pintó en las demacradas facciones de la billetera, y con la fe más absoluta, agarrándose una manga, exclamó:

—¡Señorito!—por su padre y por su madre, deme el nombre y las señas. Yo sé que de aquí á cuatro días cobramos.

Un tanto arrepentido ya, la dije cómo me llamo y dónde vivía, y diez minutos después, al subir á buen paso por la Puerta del Sol á la calle de la Montera, ya no recordaba el incidente.

Pasados cuatro días, estando en la cama, oí vocear «la lista grande».

Despaché á mi criado á que la comprase y cuando me la subió, mis ojos tropezaron inmediatamente con la cifra del premio gordo; creí soñar: no soñaba: allí decía realmente 1,420.... mi décimo, la edad de la billetera, la suerte para ella y para mí! Eran muchos miles de duros los que representaban aquellos guarismos.... y un deslumbramiento me asaltó al levantarme, mientras mis piernas flaqueaban y un sudor ligero enfriaba todas mis sienas.

Hágame justicia el lector: ni se me ocurrió renegar de mi ofrecimiento.....

La chiquilla me había traído la suerte, había sido mi mascota.... Era una asociación en que sólo figuraba como socio industrial. Nada más justo que partir las ganancias.

Al punto deseo sentir en los dedos el contacto del bienaventurado papelito.

Me acordaba bien: lo había guardado en el bolsillo exterior del gabán, por no desabrocharme.

¿Dónde estaba el gabán? ¡Ah! allí, colgado en la percha.... A ver.... Tienta de aquí, registra de allá. Ni rastro del décimo.

Llamo al criado con furia, y le pregunto si ha sacudido el gabán por la ventana.....

¡Ya lo creo que lo he sacudido y vareado!

Pero no ha visto caer nada de los bolsillos: nada absolutamente.....

Le miro á la cara: su rostro expresaba veracidad y honradéz.

En cinco años que lleva á mi servicio no le he cogido jamás en un gatuperio chico ni grande.....

Me sonroja lo que se me ocurre, las amenazas, las injurias, las barbaridades que suben á mis labios.....

Desesperado ya, enciendo una bujía, escudriño los rincones, desbarato armarios, paso revista al cesto de los papeles viejos, interrogo á la canasta de la basura.....

Nada y nada: estoy sólo con la fiebre de mis manos, la sequedad de mi amarga boca y la rabia de mi corazón.

A la tarde; cuando ya me había tendido sobre la cama á fumar, para ver de ir dirigiendo la decepción, suena un campanillazo vivo y fuerte, oigo en la puerta discusión, alboroto, protestas de alguien que se empeña en entrar, y al punto veo ante mí á la billetera que se arroja en mis brazos, gritando con muchas lágrimas.

¡Señorito, señorito! ¿Lo ve usted? Hemos sacado el gordo.

¡Infeliz de mí! yo creía haber pasado lo peor del disgusto y me faltaba este cruel y afrentoso trance: tener que decir balbuceando como un criminal, que se había extraviado el billete, que no lo encontraba en parte alguna, y que por consecuencia nada tenía que esperar de mí la pobre muchacha, en cuyos ojos negros, ariscos, temí ver relampaguear la duda y la desconfianza más infamatoria.

Pero la billetera alzándolos, todavía húmedos, me miró serenamente y dijo encogiéndose de hombros: —¡Vaya por la Virgen! señorito.... no nacimos ni usted ni yo para millonarios.

¿Cómo podía recompensar la confianza de aquella desinteresada criatura? ¿Cómo indemnizarla de lo que la debía?—sí, de lo que la debía?

Mis remordimientos y la convicción de mi grave responsabilidad pesaban sobre mí de tal suerte, que la traje á casa, la amparé, la eduqué, y por último me casé con ella.

Lo más notable de esta historia es que he sido feliz.

EMILIA PARDO BAZÁN.



LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

(CONCLUYE)

—Me llevo al señor Montperrier, dijo la vizcondesa, porque no conviene que el marqués nos vea. Pienso que tenía respecto de Claudia y aún creo que respecto de mí ideas que conjugan mal con lo que está sucediendo. No hay que irritarlo presentándole el espectáculo de nuestra alegría.

—Dentro de un momento iré á la casa de usted, dijo Harlé

—Está bien. Será usted esperado.

Apenas el cupé había salido de la puerta:

—Y bien? dijo ella triunfante.

—No sé, señora, como expresar á usted mi reconocimiento, respondió Montperrier, pero parece que tendré la humillación de depender de mi mujer.

—Claudia se asegura contra la ingratitud humana. Sobre todo, no hay que discutir esas miserias y bien sabe usted que yo seré siempre su amiga.

En el fondo la condesa Harlé no se sentía disgustada de tener por la brida al hermoso Montperrier, que necesitaria sin duda algunas veces del castigo del freno. Así lo adivinaba él muy bien y olvidando el servicio prestado ardía en rabia sorda.

Entre tanto Harlé picado en lo más vivo por la insinuación de la baronesa, sobre la supuesta rivalidad de Puymaufroy, recibió á su amigo en la más ingrata forma y en esos momentos un lacayo

le entregó un mensaje. Harlé lo abrió buscando una ocasión de dar curso á su mal humor y el éxito sobrepasó á sus esperanzas.

—Esto es inaudito, gritó con ojos que relampagueaban. Santa Radegunda está en huelga. Desde hace un mes mi ingeniero me hablaba de descontento y de conciliábulos y era de opinión que había algo que hacer. Yo aplazaba todo á causa de los negocios que me retienen aquí; pero ahora esto ha terminado y ya no puedo ceder.

—Quería hablarte de eso, dijo Puymaufroy, pues he recibido hace un instante una carta de Juan Queté. Parece que con las máquinas nuevas, obligado el obrero á una vigilancia incesante y atenta, se fatiga más; y que siendo el rendimiento muy superior se reclama en vano desde hace tiempo un aumento de salario.

—No rehusé yo sino que aplazaba; pero no faltaba más sino que hasta pretendieran obligarme á disminuir mis ganancias.

—Parece que tus gentes á las cuales apresuraba el deseo de obtener la remuneración de un aumento de trabajo, se han declarado en huelga cansadas de no haber recibido contestación.

—Sí. Solamente que han tomado el peor camino. No puedo ceder ahora porque sería incurrir en una debilidad y mañana Dios sabe lo que me pedirían. Depronto, lo que importa es volverlos al orden.

Pero tú mismo reconoces que debiste haber arreglado este negocio desde antes, y no debes por simple capricho entregar á esos desgraciados á las tentaciones de la cólera.

—Las tentaciones de la cólera? Ah! Bien, quisiera ver eso. Es fuerza que vuelvan al orden, lo dije, y cuando tomen otra vez su trabajo ya verá lo que se deba hacer.

—¿Dónde está Claudia?

—Ha salido, contestó Harlé á todo evento para desembarazarse de Enrique. Esta noche vamos á la ópera con la señora Fourchamps y el señor Montperrier. Si quieres reunirte con nosotros....

—No. Haz el favor de decir á Claudia que la veré mañana.

—Convenido. Ella te esperará después de almorzar. Corro á la plaza de Beauvan para enterarme desde luego con el Ministro del interior y terminar con mi huelga. Que el diablo cargue con esas gentes. ¡Lo que yo voy á hacer con los promotores! Nunca se acaba esa maldita polla. Dichas estas palabras despide á Enrique. Escribe una esquela ardiente á la vizcondesa y corre derecho al Ministerio.

Puymaufroy se detuvo en la primera estación telegráfica y dirigió á Juan Queté este mensaje: "Pueden ceder. Todo se arreglará."

Después, no sabiendo á donde ir se encaminó al bosque con esperanzas de encontrar á Claudia.

Iba con la vista inclinada, por la avenida que se para el lago del bosque, cuando una voz conocida le hizo levantar la cabeza. El príncipe de Lucques y Melania estaban en conversación íntima. Quiso esquivarse, pero el príncipe le detuvo.

—Cómo! eres tú? exclamó, ¿qué haces por aquí?

—Lo que tú, me paseo, y luego saludó á la joven.

—Melania, te presento á mi antiguo amigo el marqués de Puymafray.

—Señor, dijo Melania, celebros conocerlo porque me han hablado mucho de usted. Perdon, me encuentra usted un poco nerviosa porque acabo de reñir con el príncipe.

—Regáñelo usted.

—¿Qué va usted á decir señorita? exclamó Lucques que parecía disgustado.

—Llamo al marqués en mi auxilio. Figúrese usted.

—Cortemos eso, dijo el príncipe impaciente.

—No me impedirá usted hablar. Todo el mundo sabe que el príncipe me ha convencido de que la virtud es una mala colocación para la belleza y de que me ha ofrecido su brazo para prosperar por el camino más corto. Acepté y el proyecto fué solamente honorífico por ambas partes.

Lucques parecía contrariado.

—Pues bien, ahora está celoso porque me ha visto cambiar en esta avenida dos palabras con el señor de Montperrier: y toda nuestra conversación era sobre que se va á casar con su pupila de usted.

—¡Mi pupila! dijo Enrique palideciendo.

—O ahijada: la señorita Harlé. Quiero ser una de las primeras en felicitar á usted, pues aunque dicen que la señorita Claudia tiene millones y que tras ellos va el señor Montperrier. . . .

Puymafray se despidió como pudo y estuvo recorriendo calles hasta que anocheció.

Naneta viéndolo entrar y recogerse sin hablar pensó que la cosa estaba á punto de resolverse.

Por la mañana llegó un telegrama de Juan Queté:

“No me han querido creer. La llegada de tropas exalta los ánimos. Ayer grandes desórdenes. Nada se puede hacer.”

—Esta tarde contestaré, dijo, y quedó mirando el reloj como lo había hecho toda la noche. Los minutos iban corriendo con lentitud y él desesperaba porque llegara el desenlace supremo de su terrible drama.

Apenas acababan de almorzar en casa de Harlé cuando se presentó Puymafray al parecer muy tranquilo, pero con todo el aspecto de quien se ha formado una resolución invariable. Harlé y Claudia estaban sombríos.

—Estarás contento, dijo el industrial. He ahí tus teorías en acción. Los huelguistas intentaron destruir todo en Santa Radegunda. Sin la tropa, yo no sé qué habría sucedido.

—Se me ha teleografiado que los daños carecen de importancia.

—Tu estás del lado de los revoltosos. Debí preverlo.

—No digas tonterías. Ya sabes como concluirá todo eso.

—Lo sé. Todos volverán al orden, y pronto. El ministro me lo ha ofrecido, pero al principio no quería enviar soldados. Fué preciso que lo convenciera Montperrier. Una vez reducidos, les disminuiré el salario.

—Estás loco!

—No se trata de mí sino de ahogar la revolución que se presenta. Yo represento el orden y por eso el gobierno puso el ejército á mi disposición. Cuando llego al éxito, intentan destruirlo!

—Verdaderamente, eso es irritante, dijo Claudia con acento provocador.

—Tú también!

—Sí, ella también, exclamó Harlé, violentado y con ella toda la gente de buen sentido que defiende el bien comun.

—Yo seré, agregó Claudia, tan buena como se quiera para con los desgraciados, pero mi padre tiene razón. Nosotros somos los amos.

—Sí, dijo Harlé, yo los mataré, los aniquilaré á todos esos bandidos y si piensan.

En ese momento se presentó su ingeniero de Santa Radegunda.

—Señor, dijo, hay malas noticias en el Ministerio. La situación es grave, el secretario del Ministro viene conmigo. La rebelión crece.

—Yo le diré al Secretario como es necesario obrar.

—Papá, dijo Claudia pálida, es preciso que el Ministerio nos apoye. Debemos defendernos, y no dejar que Santa Radegunda sea presa de esos salvajes. Los soldados no deben dejarse amenazar. . . . y puesto que tienen fusiles. . . .

Enrique, ciego, se lanzó sobre Claudia.

—Vuelve, vuelve á decir eso, dijo temblando de cólera.

Claudia se calló.

Harlé sin preocuparse más que de la huelga fué con el Secretario á su gabinete. Puymafray y Claudia quedaron solos para el combate sin cuartel.

—¿Y eres tú, hija mía, la que acaba de hablar así? ¿Tú, mi hija?

—Ahijada, contestó Claudia rectificando.

—Y quieres que se mate?

—Es una palabra que se me escapó.

—Eso piensas? Pues á mí me ha herido en mitad del corazón. Pero ¿qué te importa eso en la vida que te llama? Por conducto de una perdida á quien se lo dijo Monperrier, he tenido noticia de tu próximo enlace.

—Todo se sabe en París. Desde ayer no habia visto á usted.

—Nada de mentiras. Hoy es necesaria la verdad. Quise salvarte y no pude porque me faltó tu ayuda, y todo ha concluido: ya te perdí. Te amo demasiado para maldecirte, y te amo desde que viste la luz; te amo por tí y por tu madre. No digas nada, veo que no te agrada ese recuerdo; sin embargo, mi amor ha sido su amor.

—Siempre me lo reprocha usted.

—La desgracia ha caído sobre tí, y ya sabes tu sentencia. He seguido desde que naciste tus pasos hora por hora; he visto formarse tu alma, y mi deseo era que te parecieras á tu madre. á ese ángel á quien ahora vas á arrojar conmigo de tu presencia, y no puedo evitarlo, porque carezco de autoridad legal y no tengo más virtud que la de amarte. He hablado: no puedo hacer más. He trabajado veinte años para que amaras y fueras amada, y mis predicaciones han tenido la burla por resultado. A despecho de todos y de ti misma, he permanecido fiel.

—Pero padrino ¿por qué se mezcla usted en mis asuntos? Eso corresponde á mi padre.

—Y á tu madre también, de quien recibí esta misión de amor.

—Me lo ha dicho usted cien veces, y mientras para contrariarme tomaba usted el nombre de mi madre, papá sin decir nada me empujaba por el camino de la felicidad.

—Yo te quería feliz por el amor y tu padre por el dominio de los demás. Ha triunfado tu padre.

—Diga usted que con buena intención quería usted hacerme á su semejanza; y mientras fui débil traté de obedecerle, pero luego ya no pude y no ha conseguido usted sino hacerme dolorosa la necesidad que tengo de seguir mi camino. Si he sufrido, si he llorado, lo debo á usted, en tanto que á mi padre, á quien acusa usted en su ausencia, no le debo más que venturas.

—Calla, no sabes lo que dices. Yo podría fulminarte con una sola palabra. He venido aquí para obligarte á la obediencia, para ordenar en nombre de tu madre. . . .! Cuando tu abominable palabra.

—Yo no conocí á la madre de quien usted me habla: y ahora nadie tiene derecho á ese nombre mas que la mujer de mi padre.

Puymafray fuera de sí, agitaba los brazos en el aire.

—¿La Fourchamps tu madre? gritó desesperado. Tú. . .! eres tú quien reniegas de. . . Por esta blasfemia ¡mald. . . . no! no lo diré. . . .

Lentamente, con la cara descompuesta por el terror, fijando miradas de loco en los ojos atónitos de su hija, Enrique salió retrocediendo como el domador que está amenazado por la fiera. En la puerta se detuvo y pareció que buscaba una palabra, y al fin bruscamente:

—Tú lo has querido, dijo, la tumba se va á abrir!

Y sin saber él mismo lo que había resuelto, corrió á las habitaciones de Harlé, á quien encontró con el sombrero puesto, saliendo de su gabinete.

—Entra, le dijo con autoridad. Es necesario que yo te hable.

El otro, contrariado, como quien desea dar fin

á un asunto enojoso, regresó sin decir una palabra.

—Acabo de decir adios á Claudia, comenzó Puymafray con voz entrecortada. . . adios! ¿has comprendido?

—Sí, contestó Domingo ¿y luego?

—Luego, nada. . . He querido hablar de su madre, que al borde de la tumba me encargó velar por ella. . . Entonces estabas ausente. . .

—Sí, pero ahora estoy presente y no necesito que nadie me guíe. En cuanto á la madre. . . era una desequilibrada.

A estas palabras Puymafray, súbitamente enfurecido, marchó hácia Domingo.

—Te prohibo insultar á Clara! le dijo en voz baja y con los dientes apretados.

—Clara! exclamó Domingo ¿qué es lo que dices? ¿quien te ha permitido?

—Digo que te prohibo insultar á Clara, repitió Puymafray, que se había tornado imponente y grave, Oyeme. Ha llegado una hora solemne. Tu me odias y yo te desprecio, pero reconozco que hay villanías que tú no podrias hacer: habla á tu vez y dime si me crees capaz de deshonorar mi nombre con una mentira, de mancharme con la más odiosa de todas las manchas.

—No, dijo el otro, recobrando la calma por un esfuerzo de voluntad. Puedes hablar. Te creeré.

—Pues bien: que el rayo caiga. ¡Claudia es mi hija!

Harlé sintió que una nube de tempestad le empañaba los ojos y luego fuera de sí:

—¿Qué te atreves á decir? gritó. Estás loco. Insultas á una muerta. Eres un cobarde. Mientes! Inmóvil. Enrique levantó una mano como para poner al cielo por testigo y con voz clara dijo:

—Por mi nombre, por mi honor, por todo lo que respeto y creo, juro que Claudia es mi hija, hija de Enrique de Puymafray y de Clara Morand á quien tú habias comprado para una especulación industrial y de la que hice yo mi mujer por derecho de amor.

Harlé cayó en un sillón como fulminado y luego, ocultando la frente entre las manos permaneció mudo y con estremecimientos de furor. ¡Haber sido engañado como un imbécil y precisamente por aquellos á quienes tanto habia despreciado! Él, el fuerte, burlado por los débiles!

Enrique, lívido, con los brazos cruzados, esperaba, irritado por ese silencio, pero al fin se produjo la explosión. Harlé, con la faz encendida, los ojos fuera de sus órbitas se irguió de pronto en un acceso de ira.

—Y porqué me dices eso ahora que no me puedo vengar? Mentiste veinte años para escapar al castigo, pero no me importa! Tu hablas ahora porque no quieres que Claudia se case con Montperrier, y creíste recobrarla y hacerla obedecer. ¿Qué querías hacer de mi dinero antes de este desengaño? Me robaste la mujer y ahora querías robarme los millones.

—Este insulto es el único que no me podía esperar. Al dejar que Claudia pasara por hija tuya, he tenido necesidad de escoger entre los riesgos que iba á correr la madre y la humillación de una mentira. He dejado obrar á la fatalidad.

—No es cierto: quisiste robarme por tu hija y para tu hija, y has hecho á la inocente cómplice de tu infamia. ¿Cómo puedes soportar mis miradas?

—Porque tengo conciencia he provocado tú cólera, y te desafío.

—Conciencia! y dices eso cuando te encuentro abriendo mi caja! Si Claudia que me debe su probidad se hubiera dejado corromper por las apariencias de tu falsa virtud, si hubiera consentido en rebajarse casándose con tu Deschamps, la hubieras dejado que ella y los suyos gozaran de la fortuna robada. Ladrón! Ladrón!

La rabia ahogaba su voz: quería sangre y buscaba una injuria que valiera lo que una puñalada.

Enrique no había hecho el más leve movimiento.

—Solo el dinero te preocupa, dijo al fin: eres más vil todavía que lo que me habia imaginado!

—Pero Claudia no quiso: oh! la hija que ahora es mía, me venga! ¿Me tomaste á mi mujer á quien yo no amaba? pues yo te quito á tu hija á quien amas y no te la volveré. Hay un dios vengador. Tú asaltaste mi hogar en la sombra, y lo que queda del tuyo maldito, lo saqueo á la luz del día. Y he venido haciéndolo sin saberlo. . . . milagro de la Providencia! ¡Cuánto me han ven-

gado en veinte años mis horas de rectitud comparadas con tus horas de infamia! Ahora, de todas las pequeñas alegrías que me habría dado conocer esas sucesivas venganzas, hago una alegría inmensa. Tú querías mi dinero y mi dinero te roba la hija y le cambia el corazón, y ese corazón te repudia. Vé, ve á llamarla, á proponerle á tu gentil desarrapado por esposo y verás con qué gracia te vuelve las espaldas y te arrojará de su presencia como te ha arrojado de su alma, y te voy á arrojar de aquí inmediatamente. De tu hija yo he hecho la hija de mis millones y ella no puede separarse de esos millones que se ha robado sin saberlo. Victoria! la hija de tu crimen se ha vuelto la hija de mi oro, y es á mí á quien necesita, á mí que la he preparado para una vida que solo yo puedo darle y que la he rebelado contra tí á pesar tuyo. Ahora, huye, vete á tus ruinas, testigos de tu ignominia, á filosofar sobre la deshonra. Te echo de mi casa. Vete.

—No: dijo Enrique muy sereno. No es tiempo todavía. . . . Que el lodo de tu alma caiga todo sobre tí. Yo conozco mis faltas que son grandes, y ya he sufrido mi castigo en la vida misma que me reprochas. Pero hay alguien en cuyo favor debo hablar.

—Mi mujer, no es cierto? No tienes vergüenza! Yo, la víctima, juzgado por el autor del crimen. . . . Y en cuanto á tu cómplice, á esa. . . .

El insulto no pudo ser proferido. Como fiera sedienta de sangre, Puymafray se lanzó sobre su enemigo, rugiendo. Si Domingo no hubiera retrocedido habría quedado sin vida, porque Enrique solo en la sangre creía hallar venganza para el ultraje. El relampagueo de la mirada, el rechinar de los dientes, las manos como si blandieran mazas invisibles, todo revelaba al hombre que se contrae para arrojarse luego en impetuoso arranque al asesinato.

Ante la muerte que surgía, Domingo espantado retrocedió. . . .

—Tienes miedo. . . .! dijo Enrique rehaciéndose. Oye pues, y sobre todo calla, pues al primer movimiento de tus abios te pulverizo. Sábelo: aquí solo hay un ladrón ¡tú! Robaste la dicha de Clara cuyo nombre no te permito pronunciar, su juventud, su candor, su belleza, y para cojer su dinero que codiciabas en el colmo de la ambición, te hiciste entregar todo eso jurando en cambio que la protegerías. Y luego, cuando creiste que faltaban algunos pesos en tu cuenta de estafador, te transformaste en verdugo de la infeliz despojada. Y te vengaste en la indefensa criatura, de tu envilecimiento inútil, como un cobarde. Día por día y hora por hora cifraste tu innoble placer en

hacerla con tus ultrajes; y hoy te asombras estúpidamente de que llegado el vengador la víctima se libertara! Lo que yo te tomé no era tuyo ni lo fué jamás. Lo único que tú perseguías era tu sueño de dinero á toda costa, aplastando á los débiles porque te crees el fuerte y no es verdad, pues eres el verdaderamente débil, el microscópico, el cero. Te lo digo en el apogeo del triunfo. Yo estaba sin fuerzas en la batalla, vacilante, perezoso por cobardía de amor pues quería salvar á Claudia. Ahora estoy ante tí para decirte que tienes que pagar caras tus victorias. Te casas con la señora Fourchamps ¿podía imaginarse para tí peor castigo? Dejo á Claudia en tus manos, puesto que ella lo quiere en su ceguera, pero ya la veo desgraciada. Ha llorado y yo he comprendido que ya le roen los remordimientos el corazón. Ahora sin embargo, está implacable. Mañana el dolor, el dolor bendito me la devolverá arrepentida y podré decirle todo, y perdonándola será perdonado. Tú. . . . me das lástima. Adios! Ve á arrastrar tus miserias doradas entre alegrías contrahechas, mientras voy al más dulce desenlace de mi historia. Ya viví para el amor: voy á vivir ahora para el perdón.

EPILOGO.

Enrique de Puymafray entre la soledad de sus viejas murallas, pasea sus sombríos pensamientos, pensamientos de derrota y de victoria. El amor vencido no rompía con la esperanza.

El ardor del duelo siniestro con el amo de Clara que luego se convirtió en amo de Claudia, se desvanecía en la paz de la tierra. Claudia regresaría alguna vez.

Débil en el combate se sentía fuerte en la adversidad confiando en que lo que sobrevivía de Clara en su hija, le libraria su corazón de las garras del mundo. Y veía á Claudia en el camino del perdón pronta á volver á sus brazos. Ay! el camino es largo, y difícil tal vez, y la muerte podía llegar anticipadamente. ¡Que se cumpla el destino! Morirá perdonando.

¿Y si no regresa. . . ? También será perdonada porque el amor no se mide por las debilidades de los más fuertes.

Enrique contempla en torno suyo todos aquellos testigos de Clara que, pareciendo inmóviles, le hacen señales, y bendice esta tierra amiga que le quiere, que le llama y le recibirá en su seno. ¡Alegría anticipada del reposo, después de tantos sufrimientos. Todos los días, algo de él va cayendo en el suelo piadoso dulcemente entreabierto, y la indiferencia benevolente de las cosas le adormece en la revancha de su agotamiento bajo el peso de los hombres sin alma.

Vino la primavera. La tierra despertó floreciendo, las aguas vivificadas rodaron de las pendientes esparciendo á las alegrías embriagantes del día, los murmullos de su alegre renacimiento; por todas partes, de las profundidades, se lanza una loca ambición de vivir, ansiando por extender ante los besos de sol las corolas embalsamadas. Todo se conmueve y se extremece, todo quiere sentir la vida llevar su flor y su fruto al amor sin tener miedo de la muerte que está acechando su hora. La tierra misma canta en sus pájaros, feliz de amar y de decirlo. Es el paraíso recobrado en que se reunen todos los dioses que fueron y se extasian en su beldad.

Puymafray contempla y admira, con el alma inmóvil entre la atracción y la repulsión de las cosas y con el corazón invadido por el empuje universal de las venturas efímeras.

Por la noche, las divinidades castas que danzan en la fantasía le acojen con cariño y lo adormecen con los sueños del Infinito. Loco de amor, el ruiseñor arroja á las tinieblas el reto de que no le agotarán su ventura. Al rayo de la luna aparece la sombra de Clara, y el que la amó y la ama, dice:

«Aquí estoy esperando»

Naneta vigila con su amistad perfecta no menos admirable que el amor.

Y Juan Queté, despedido de la fábrica por haber defendido la causa de los obreros, rechazado por sus compañeros á causa del desastre de la huelga, vino á visitar á Enrique antes de trasladarse á París. Puymafray le consuela explicándole cómo es necesario compadecer á los que pudiendo ser los más buenos, los más justos, los más grandes, no tienen sino la baja ambición de ser por breve tiempo los más fuertes.

—Señor Enrique, dijo Juan; en sus ojos de usted se ve lo que le han hecho esos sus amigos á quienes defiende. Ya le habíamos anunciado á usted que le iban á hacer mal. Ya lo vé usted: los más fuertes, para serlo, están obligados ante todo á arrancarse el corazón. Pero no serán siempre los más fuertes. Ya verá usted, los débiles lo vengarán.

—Amigo Juan, respondió Enrique, la venganza que realicen no me sacará de la tumba. Ya estoy vengado de antemano. Las derrotas humanas suelen ser preparación de triunfos para el porvenir. Es necesario llenar de muertos el foso para dar el asalto precursor de la victoria. Con existencias extinguidas en flor, se va laborando en las tinieblas el genio de la humanidad viviente.

GEORGES CLEMENCEAU.

FIN.





A UNA DAMA PROTESTANTE

Inspirados en un viejo soneto francés.

Deja que mi canto brote
para ti como un arrullo
y en tu redor vibre y flote;
¡depón, marquesa hugonote,
tu seriedad y tu orgullo!

Soy hidalgo, amarte puedo
que eres hidalga también;
mis abuelos, con denuedo,
siguieron á Godofredo
luchando en Jerusalem.

Si tú, entre las damas sueles
preponderar, ¡vive Dios!
yo privo entre los donceles;
si ostentas muchos cuarteles,
¡yo tengo sesenta y dos!

Si tu padre combatió
con el mío y se dañaron
de diverso ideal en pro:
¿por qué no amarnos tú y yo
después que ellos se mataron?

¿Temes que el mundo critique
nuestro cariño vitando?
pues yo diré á quien replique:
—¡También el rey don Enrique
amó á las del otro bando!

Y frente al primo de Guisa,
al ir de Lutecia en pos,
dijo con cierta sonrisa:
Paris . . . bien vale una misa . . .
—¡Tú, marquesa, vales dos!

Vamos! concede que brote
la voz de mi plectro eólico
y en tu redor vibre y flote.
¡Piedad, marquesa hugonote,
para este bardo católico!

ALADO NERVO.

PAGINAS DE LA MODA



TOCADOS DE BAILE PARA SEÑORITAS

Las reinas del dinero

Entre las mujeres más ricas se halla en primer lugar la Sra. Hetsy Green, avara hasta más no poder. A pesar de que su fortuna se eleva á 70 millones de dollars, vive en una casa de huéspedes, principalmente por economía y con objeto á la vez de despistar á los inspectores de contribuciones directas. Falsificó un testamento para apoderarse de la fortuna de una tía suya. Descubierto el hecho, ofreció transigir á los demás herederos y abonarles los gastos, que ascendían á 160 000 dollars. Convenida la transacción, apeló á la generosidad de su familia, quien le regaló la mitad de dicha suma. Sin embargo, bajo la amenaza de las consecuencias de este proceso, se trasladó á Europa y vive en uno de los barrios peores de París ó bien en Londres en una de las casas más pobres de aquella capital. No da nada á nadie y dice que "su familia nunca creyó en la eficacia de la limosna"

En Nueva York existe otra dama más rica que la anterior, la señora viuda de Gousino, cuyo nombre es Isidora Goyenechea. Forma un contraste muy violento con mistress Green; es tan pródiga aquella como ésta avara.

Los Gousino y los Goyenechea figuran entre los primeros colonos españoles después de la conquista de Chile y la fortuna de ambas casas se halla reunida hoy en manos de la ilustre dama. Su fortuna se eleva, dicen, á doscientos millones de dollars y consiste principalmente en minas de plata, cobre y carbón. Sólo las rentas de estas últimas alcanzan á 800 000 dollars.

Esta millonaria administra su inmenso capital con un talento que le envidiarían los mejores hacendistas europeos. Nunca ha querido casarse otra vez. Tiene dos hijas preciosas; ambas solteras.

Miss Garret, de Baltimore, tiene 38 años y una fortuna de 30 millones. En sus salones recibe constantemente á los artistas, hombres políticos y escritores más distinguidos.

Se ha gastado muchos millones en proteger la enseñanza de la mujer, y es una ardiente defensora de su sexo.

Mistress John Gardner, de Boston, es una de las mujeres más notables entre las grandes propietarias del Nuevo Mundo. Sus salones están siempre abiertos para los artistas y escritores. Con gran asombro de sus paisanos, la Sra. Jack, como la llaman los americanos, generalmente, se atrevió á hacer en público *personal examination* de los músculos de los grandes boxeadores de los Estados Unidos. El escándalo fué grande; pero bastantes damas, lejos de indignarse, han preferido después seguir el ejemplo de su compatriota.

Mistress Stearman, fué de soltera un noticiero femenino, una periodista de perseverancia sin límites. Vino á Mexico de corresponsal del *New York World* y publicó unas cartas que llamaron mucho la atención por lo injustas. El primer éxito periodístico lo obtuvo relatando en un artículo sus impresiones sobre un globo.

Poco después obtuvo autorización para ingresar durante una semana en el *City Insane Asylum* de New York, y al salir escribió una serie de artículos muy violentos contra los tratamientos indignos de que era objeto los pobres locos. A consecuencia de esta campaña periodística se instruyó un expediente administrativo que vino á demostrar que todos los abusos revelados existían realmente y para mejorar la situación de los alienados, se concedieron 15 millones de dollars.

Nuestros lectores recordarán el famoso ejército de hambrientos mandados por Cotey. La periodista acom-

pañó á los expedicionarios á Washington y describió admirablemente las miserias del pueblo americano.

En Saratoga, el balneario más célebre de los Estados Unidos, visitó todos los garitos y casinos, relatando minuciosamente los males que las casas de juego causan á la sociedad.

Siempre y en todas partes, y constantemente en la brecha en defensa de los pobres desgraciados, tal ha sido la carrera de la antigua redactora del *World*.

Un día el presidente de la *Iron Clad Manufacturing*, Mr. Stearman, concibió el buen pensamiento de ofrecer su mano y su inmensa fortuna á nuestra colega, que ya no escribe buenos artículos, pero hace muchas obras

Las jóvenes solteras son clasificadas como sus padres, según la fortuna que ellas heredarán. Tal *miss (is worth)* "vale uno, dos ó tres millones de duros, así como su padre "vale" 25 ó 50.

La prensa habla de las dotes de estas señoritas como de la cosa más vulgar del mundo, y de los periódicos americanos tomamos los siguientes datos:

Figura en primer lugar miss Perkins con 17 millones de dollars, quien heredará una suma mayor al morir su padre; miss Virginia Fair, de California, con 20 millones; miss Grammel, de Providencia, con 7 millones; miss Blanca Havemeyer, con 2 millones; miss Alia Rockefeller (hija del rey del petróleo) con 10 millones; miss Gould, miss Leiter, miss Stonne, con 15 millones cada una, etc.

Unas señoritas que, como dicen sus compatriotas, *valen más que pesan!*

Cartera informativa

SON NOCIVOS LOS SOMBREROS DE LAS DAMAS —Sensible es que no haya encontrado ningún médico, nada que decir en contra de los monumentales sombreros que la moda impone á las señoras. Sin embargo, un



TRAJE DE MONTAR

TRAJE PARA LA CALLE

Doctor Sonier, dice que tan pesados monumentos prendidos al cabello, son causa de inesperada alopecia, pues sabido es que siempre fué mayor el número de calvos que de calvas; es decir, de mujeres calvas, cierto que á las señoras calvas les es indispensable apelar á la peluca para ocultar la calvicie, y que el hombre puede tener la coquetería de lucir su calva de «sabio» pero así y todo, es más frecuente la calvicie en el hombre que en la mujer, y esto se atribuye al uso del sombrero.

A la calvicie, como al encanecimiento prematuro, propenden cuantos tienen la costumbre de usar gorra de sitio de casa.

El cabello, como planta, necesita lubricarse en la luz y aereación.

Qué perjuicios no acarrearán los sombreros que usan las señoras, sombreros que ofrecen hoy los mismos inconvenientes que los nuestros, mas el inconveniente de ir prendidos con agujones en los cabellos.

Estas son verdades higiénicas muy sencillas..... pero de grande interes.

NUESTROS GRABADOS

TOCADO DE BAILE PARA SEÑORITA.

Este tocado es verdaderamente sencillo, se riza toda la cabeza procurando que quede muy abultada. El molote va casi en la frente y lleva una pluma muy rizada y una aigrette de seda.

TOCADO PARA SEÑORITA.

Este tocado se hace del modo siguiente: se raya en el centro y de cada lado se riza el pelo formando barquillos. el molote está sostenido por una peineta ancha que figura corona y al rededor de esta lleva una trenza gruesa.

TRAJE DE MONTAR.

Este traje puede usarse para la calle. La chaqueta es entallada y abierta de adelante, puede usarse con camisa ó con petos de seda. De cada lado y en la parte inferior está respunteada, figurando unos picos.

El cuello es Médicis y tiene un moño de plissé con lazos grandes.

La manga es enteramente sencilla solo tiene en la parte superior un olán cortado en picos y respunteado.

La falda en la parte inferior lleva tres vueltas de respuntes.



MATINEÉS DE SEÑORA PARA CASA

TRAJE PARA LA CALLE

Este traje es de lana, el corpiño es enteramente liso y derecho, y se abrocha de un lado. Vá adornado con un cordón de pasamanería todo al rededor y sobre el lado derecho tiene tres vueltas de este mismo cordón que termina en punta adornándolo tres borlas.

El cuello es Médicis, y el cinturón de cuero llevando hebillas dobles.

La manga es lisa y en la parte superior lleva un olán adornado del mismo cordón.

La misma falda figura olán y va también adornado con este cordón.

y va entallado. Las solapas están bordadas con una trencilla de seda.

El paletot puede usarse con camisola blanca ó bien de seda.

En la espalda y en cada esquina del paletot lleva un dibujo con la trencilla de seda y en el talle está sujeto por dos hebillas de abalorios.

El cuello está cortado á la Marestnart y esta adornado con el mismo adorno de las solapas.

Las mangas son angostas y llevan en la parte inferior un olán de encaje.



TRAJE PARA LA CALLE

MATINÉE DE SEÑORA PARA DENTRO DE CASA.

El matinée de que vamos á hablar es muy sencillo y elegante, pues es hecho de género blanco, cae enteramente suelto por delante y tiene un cuello ancho cortado en picos que cae como pelerina y está adornado con un encaje ancho fino. Lleva en el cuello un moño de listón con lazos largos.

En la parte atrás del cuello tiene un encaje muy truncado y figura Médicis.

La manga es ancha de globo y el puño es angosto.

MATINÉE PARA DENTRO DE CASA.

Este matinée es de género ligero de color. Está entallado por detrás, y por delante tiene la forma de chaqueta abierta, de cada lado de esta lleva un encaje ancho plegado.

El peto es del mismo género con un tablón ancho para abotonarse con mancuernitas ó botones.

El cuello es alto y está adornado con encaje figurando cuello volteado.

La manga es toda fruncida y en lo superior tiene un olán del mismo género adornado con encaje. En la parte inferior también lleva un olán de encaje y un entredos.

TRAJE PARA LA CALLE.

Este traje es hecho de una tela Escocés. El corpiño que figura chaleco es de terciopelo, adornado con un olán tableado, y está abrochado por un botón grande.

El cuello de la camisola es también de terciopelo, y esta abrochada con un botón grande.

La manga es angosta y de terciopelo.

La capa es también de escosés y lleva en el delantero unas patitas con un botón figurando solapas.

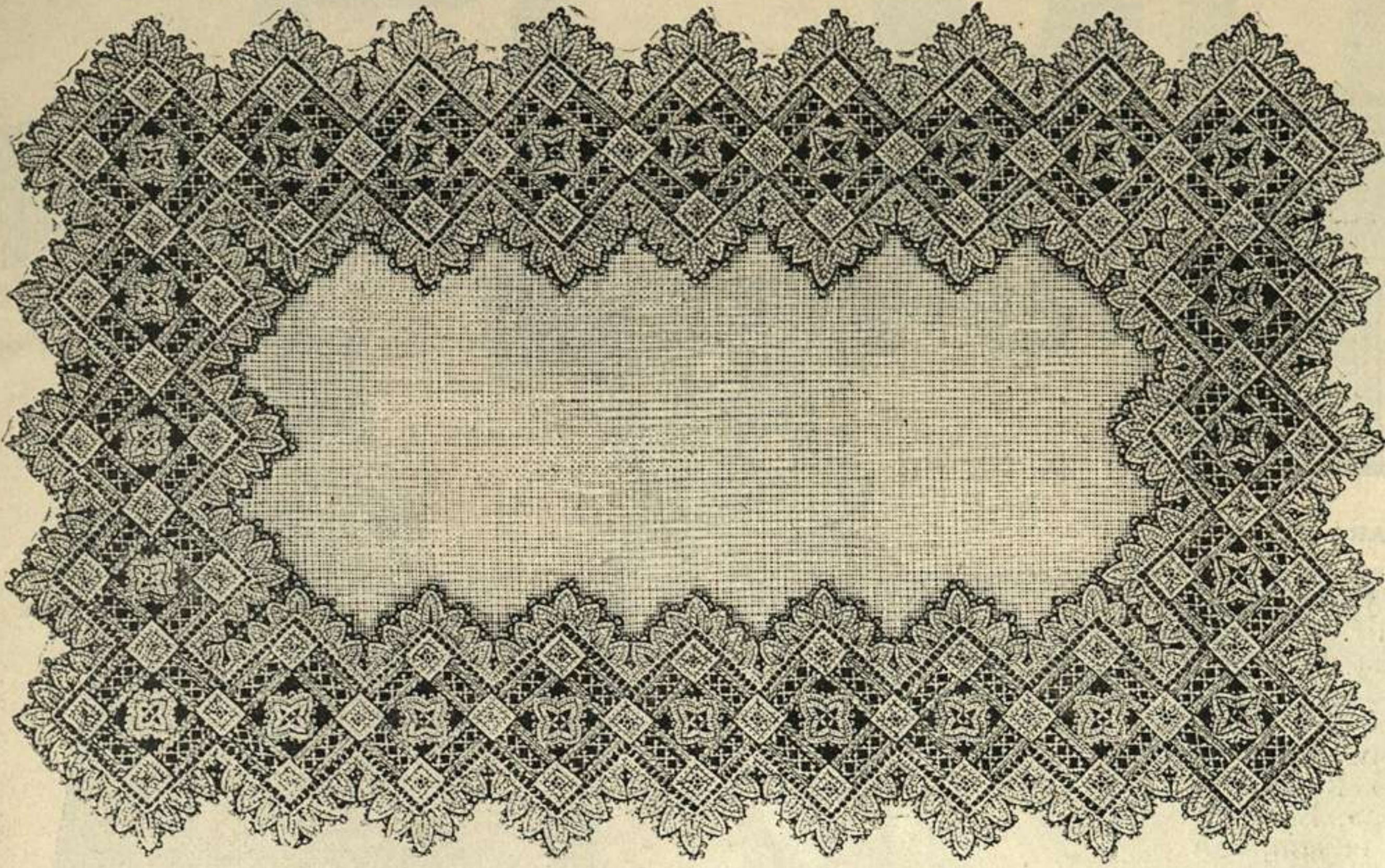
La falda tiene en cada lado del delantero dos tiras de terciopelo á lo largo, terminando en la parte superior en punta; y en la parte inferior lleva dos patitas con su botón.

PALETOT PARA SEÑORA.

Este elegante y sencillo paletot de que vamos á hablar es de paño delgado, largo



PALETOT PARA SEÑORA



CUBIERTA DE MESA

CUBIERTA DE MESA.

Esta cubierta para mesa, puede servir para buró ó tocador, es hecha de género crudo, puede hacerse también de género blanco. El encaje que tiene á la orilla es hecho del mismo género, se le dá la forma que se desea ya sean picos ú ondas.

CORBATA PARA SEÑORAS.

Este moño corbata es hecho de encajes finos. Tiene colgando dos lazos, los cuales están fruncidos, figurando alforcitas muy angostas; y á un corto espacio está también plegado formando bouilloné. En la punta de cada uno de estos lleva un encaje ancho.

CARACOLITOS Y CAMISITAS PARA NIÑA.

Los caracoles de que vamos á hablar son de estambre, pero también pueden hacerse de género, haciéndoles de lo mismo una faja para sostener el talle.

Estas camisitas son de linon blanco y solo llevan de adorno un encaje que la misma jareta frunce y figura una golilla.

CANASTA SACHET PARA COLGAR.

Esta canasta está forrada de una seda verde plegada toda en redondo ménos en el centro. En este lugar se le deja un espacio de cinco ó seis centímetros para bordar, ya sea el monograma ó un ramo ú otro dibujo.

De cada lado lleva un moño grande como lo representa el grabado.

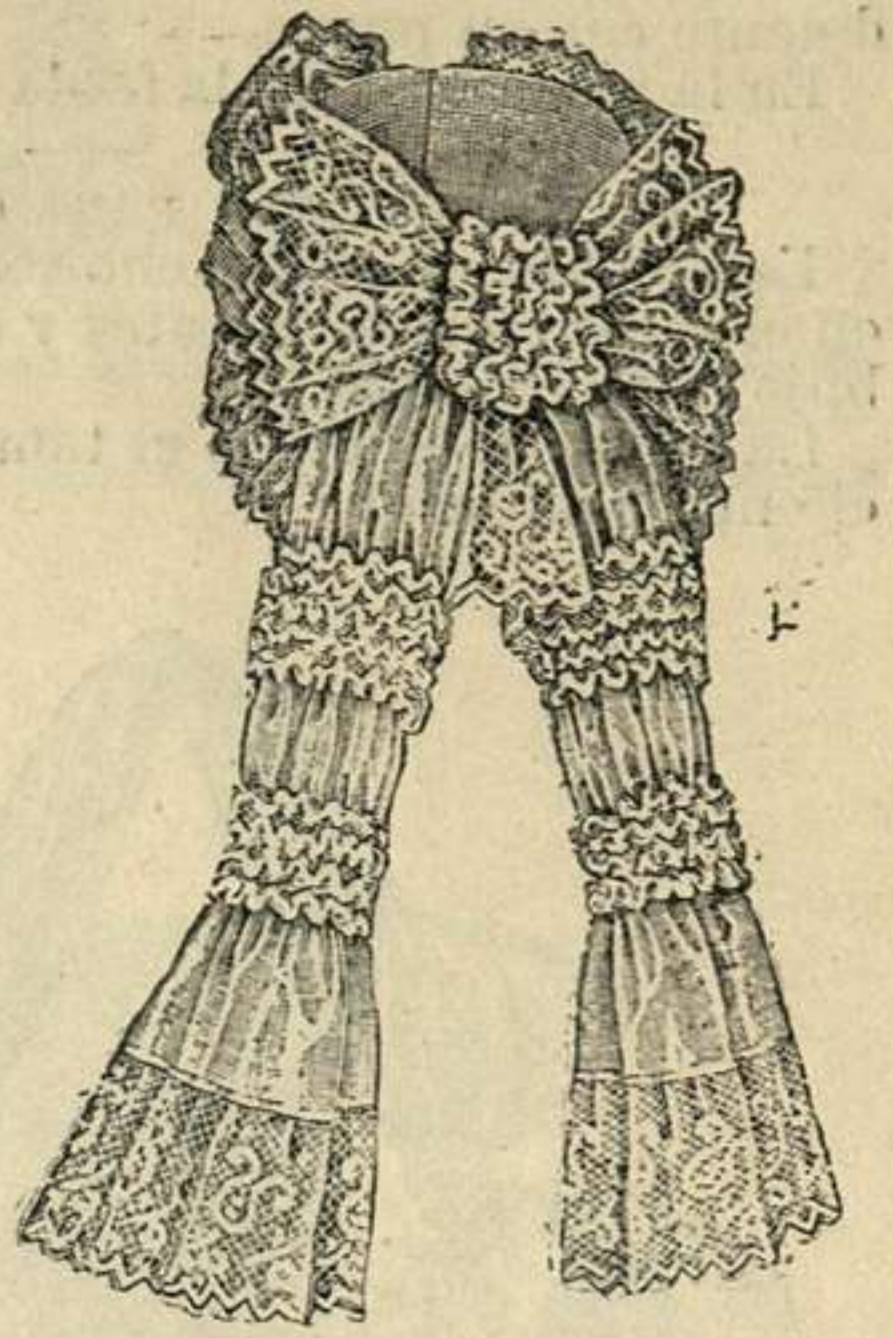
TOCA PARA SEÑORA.

Esta toca es sencilla y elegante, es hecha solamente de encaje y listón, la copa está formada con encaje muy fruncida, la ala es también de encaje que cae como olán.

Sobre el lado derecho tiene un moño grande parado, y sobre el lado izquierdo un moño chico pero enteramente caído.

DELANTAL PARA SEÑORITA.

Este delantal es de género de color, el peto está pegado al talle y cae en punta, lleva como adorno un cuello marino bordado que también cae en punta al talle. A la orilla del cuello lleva un olán de la misma tela, bordada con puntada de ojal. El cinturón es angosto de la parte de atrás, y adelante ancho y en punta. El lienzo delantero de la falda es blanco, angosto y bordado en la parte inferior lleva un olán del género de color.



CORBATA PARA SEÑORAS

DELANTAL PARA JOVEN.

Este delantal es hecho de género de color, el peto es angosto de la parte inferior y de cada lado lleva una tira bordada á la orilla con puntada de ojal.

La manga está figurada por un

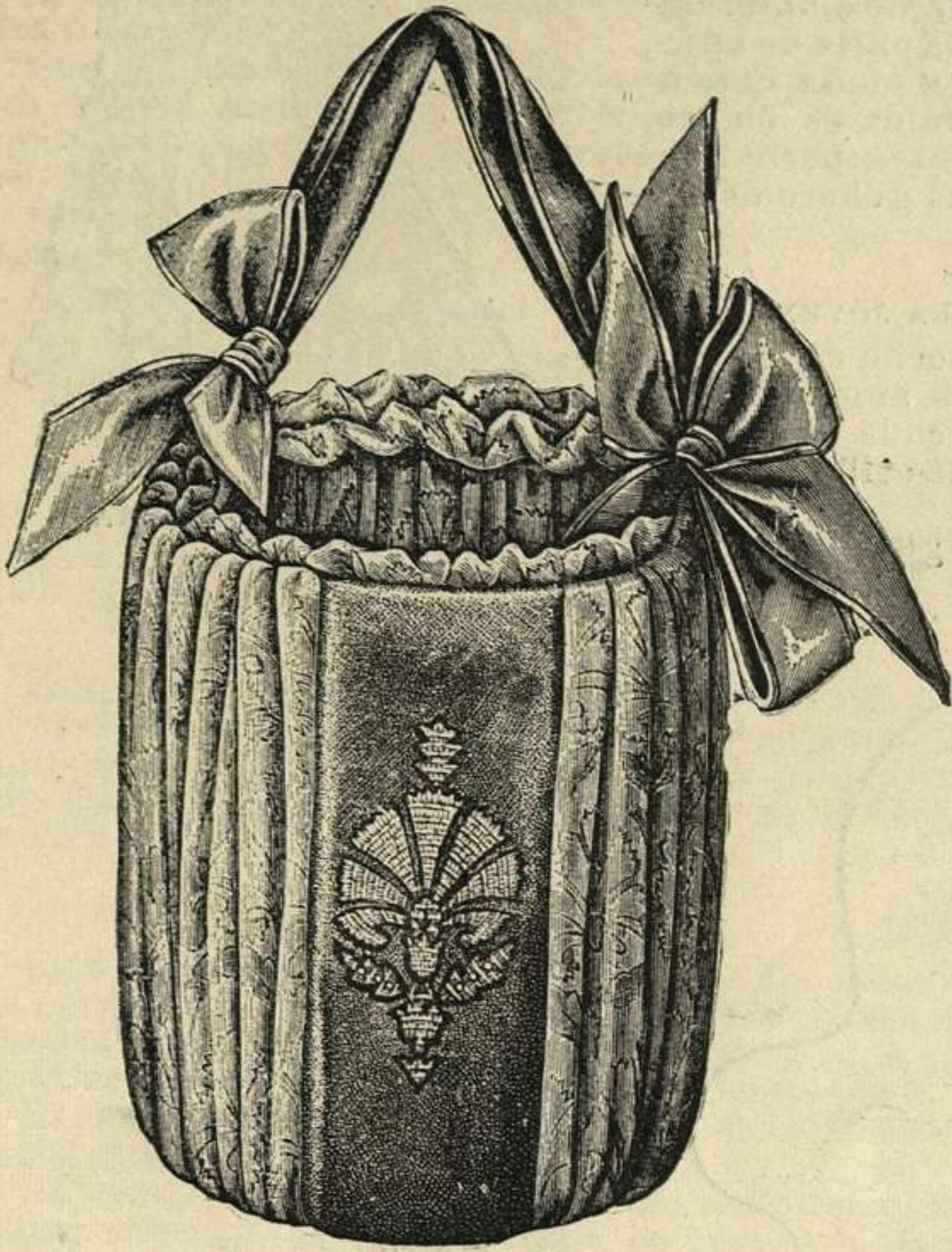


FIGURINES Y OBJETOS DE SPORT PARA EL VERANO (ÚLTIMAS NOVEDADES)

olán de género blanco bordado en máquina
El cinturón es angosto en la parte de atrás y por delante cae en punta.
En la parte baja de la falda lleva un entredos.

PUNTA PARA COLCHA.

Esta punta es de gancho y es tejida de hilo grueso, en el centro forma cocoles y estrellas, se le dá el dibujo que se desea.
La punta de la orilla es también de gancho, imita el encaje miñardi.



CANASTA SACHET PARA COLGAR



CARACOLITO PARA NIÑA

le liga á lo bueno y le conserva para el porvenir. El sentimiento es la fuerza del débil, la fuerza que pide y otorga; es la fusión de los elementos creadores de la voluntad, á los que imprime su sello glacial la razón que manda. El sentimiento engendra la simpatía por todo lo bello, lo noble y lo generoso, y despierta la admiración por todo lo grande, con la propia concepción de la grandeza.



TOCA PARA SEÑORA



DELANTAL PARA SEÑORITA

DELANTAL PARA JOVEN

LA RAZON Y EL SENTIMIENTO

La razón ha presidido los actos en que el hombre dignifica las virtudes severas que emanan del esfuerzo contra sí mismo: el sentimiento le dirige inconscientemente al seno de las francas virtudes que nacen del amor á la humanidad.

Por escabrosa vía la razón nos conduce á las grandes conquistas que dan superioridad sobre el vulgo: por fáciles senderos se desliza el sentimiento, y luminoso como un sol, llena con sus resplandores la cabaña y el palacio. La razón es Minerva, el sentimiento es Psyquis: la primera interroga, el segundo consuela. Siente éste como la violeta y la otra se yergue ante el viento que la azota.

Débil el hombre en medio de las fuerzas que se disputan la posesión de su espíritu; incapaz casi siempre de seguir, no los impulso sino las contrariedades que les suscita la razón, se abandona á la corriente que le arrastra consigo y el sentimiento es la única raíz que

El pecho sensible es también el pecho fuerte que llora la soledad de los muertos, con Becquer, y ruge con Hugo ante el infortunio de los desgraciados. Vertiendo dulces raudales de una poesía desconocida, llorando con las lágrimas del huérfano y desesperando con las amarguras de la viuda, el sentimiento palpita con todas las emociones del alma, como si fuera el inmenso corazón de la naturaleza. Desconocido el clásico aprendizaje de la lira helénica y entona la nota ferviente que inmortalizó la poesía romántica. Su obra es de amor, y al través de sus sonrisas y de sus lágrimas invade y ocupa los corazones, como el manso arroyo que se extiende sin rumores y fecundiza el llano. Bendito el regalo de los dioses, tú eres ¡oh sentimiento! el contraste de la fría razón, eres como una conciencia dentro del pecho, eres el oro emblemático de la estatua que Daniel interpretó!.....todo lo demás, es como el hierro, el cobre y el barro de la simbólica visión de Nabucodonosor.

R. OTERO D.

LAS CASCARAS DE HUEVO.

Muy pocas personas saben, sin duda, que se pueden utilizar ventajosamente las cáscaras de huevos. Generalmente éstas se tiran al basurero, y es un error, pues la gran cantidad de cal que contienen, permite emplearla con buen éxito en la alimentación de los pollos, de los cerdos y de los becerros. Además, favorece en las gallinas la postura de los huevos. Para llegar á estos resultados, es suficiente moler bien las cáscaras y mezclar el polvo con los alimentos.



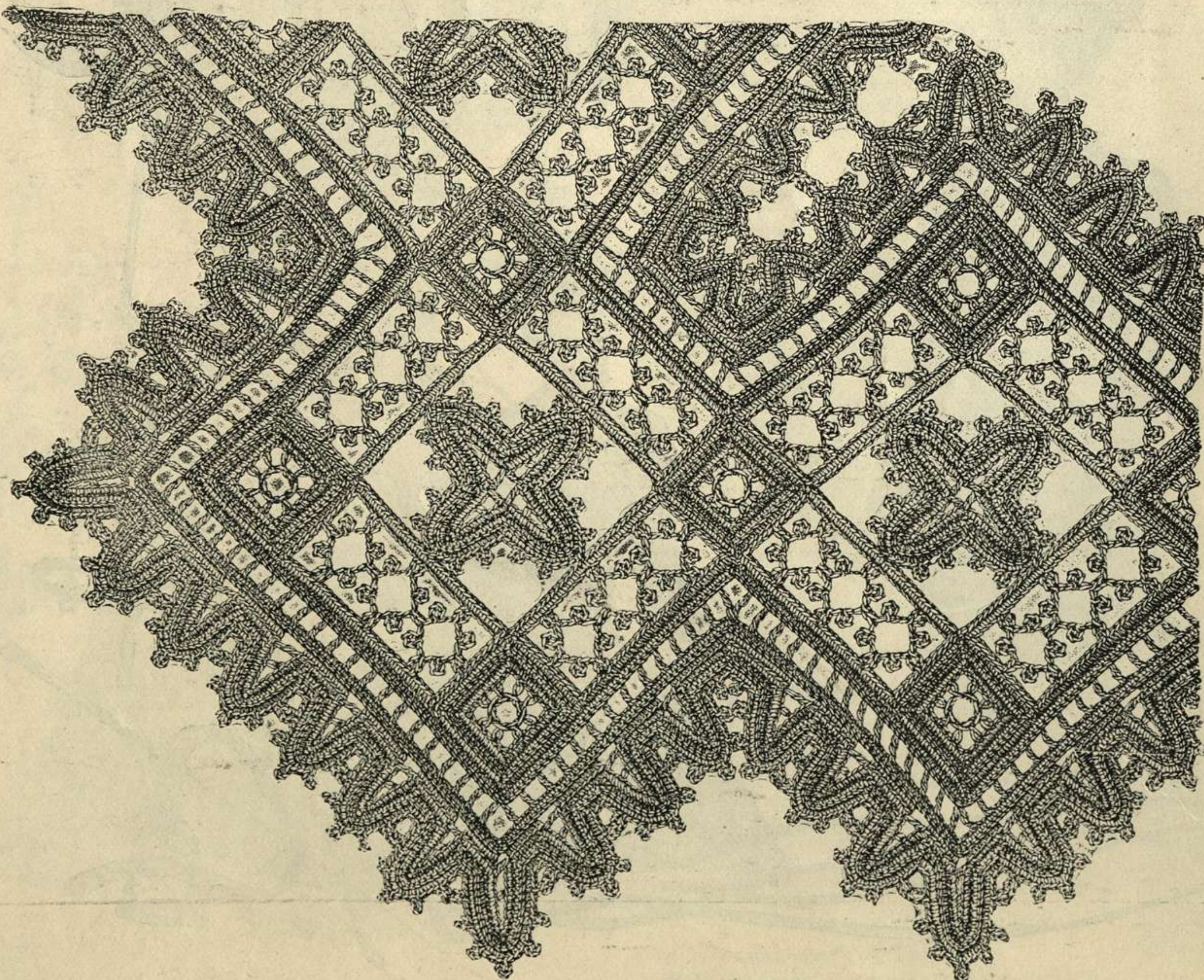
DIBUJO PARA CORTINA

Otro pago de \$3,000 oo. de "La Mutua" en Mexico.

Recibí de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de (\$3,000.00) Tres mil pesos, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 449,831 bajo la cual estuvo asegurado mi finado esposo el Sr. D. F. Melesio Alcántara y para la debida constancia en mi carácter de Albacea legalmente nombrada extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la compañía para su cancelación en México á 18 de Febrero de 1998.—*Angela O. Vda. de Alcántara.*

Rafael Pérez Gallardo, Notario Público. Certifico: que la Sra. Angela O. Vda. de Alcántara albacea del finado Sr. D. F. Melesio Alcántara que estuvo asegurado en "The Mutual Life Insurance Company of New York" bajo la póliza número cuatrocientos cuarenta y nueve mil ochocientos treinta y uno; suscribió en mi presencia el recibo que antecede recibiendo á su entera satisfacción la suma que expresa. Y para constancia extiendo la presente certificación en México, á diez y ocho de Febrero de mil ochocientos noventa y ocho.

Lic. Manuel Pérez Gallardo.



PUNTA PARA COLCHA